

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

13/Nov/2008
~~27/Nov/08~~

Indisus
Indisus 1081545
C-1

LA MUDANZA

pieza en un acto

(1976-1979)

Seminario de Dramă

Colección

Francisco (Paco) Prado

Seminario Multidisciplinario Jeronimo González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto Río Piedras

Seminario de Dramá

Colección

Francisco (Paco) Prado

ORÍGENES

- La pieza fue escrita en 1976.

REPRESENTACIONES

- La pieza fue estrenada en el Teatro de la Universidad de la ciudad de México el 18 de mayo de 1979.
- TEMPORADA. Teatro de la Universidad (Arcos Caracol). Director, Adam Guevara. Escenografía, Alejandro Luna. Empresa: Departamento de Teatro de la UNAM y Fondo Nacional para Actividades Sociales (Fonapas). REPARTO: Sara, María Rojo; Jorge, Luis Rábago; Mari, Verónica Lángier; Cargador-Jefe, Eduardo López Rojas; Cargadores: Carlos Chávez, Benjamín Islas, Facundo Prieto y Roberto Columbo; Personaje, Raúl Bretón. Funciones: 120. Número aproximado de espectadores: 8,000.
- En la puesta en escena de Adam Guevara se realizaron importantes modificaciones al texto original de la pieza en lo que respecta a su parte final. Adam Guevara compendió al Miserable-parlante y al Coro de Miserables en un solo personaje de aspecto irreal que aparece al principio de la obra, ocupando silenciosamente la estancia desamueblada, y que sale de escena por una de las puertas interiores antes de la llegada de Sara y de Mari. Cuando termina la acción de la mudanza y el matrimonio se queda a solas, encerrado, el personaje surge súbitamente de entre los muebles y ataca a tubazos a la pareja antes de que Sara y Jorge salgan de su asombro e intenten defenderse. El asesinato de los cónyuges se realiza en un lapso brevísimo, mientras los aparatos eléctricos se han puesto a funcionar y llenan de ruidos el ambiente. La obra concluye del mismo modo: con la entrada de Mari y el descubrimiento de los cadáveres. El autor considera válida para su pieza esta variante propuesta por Adam Guevara.
- La pieza obtuvo el premio Juan Ruiz de Alarcón de la Asociación Mexicana de Críticos, como la mejor obra mexicana de 1979, y el de la Unión Nacional de Críticos y Cronistas Tea-

trales. El semanario *El Figaro* designó a la obra como la mejor del año, y a María Rojo como la mejor actriz de 1979 por su trabajo en *La mudanza*.

OTRAS VERSIONES

- *Versión para la televisión mexicana*. Programa transmitido por Canal 13 en 1980 y 1981. Director, José María Fernández Unzáin. Con Gonzalo Vega, Jorge Patiño y otros.

EDICIONES DE LA MUDANZA

- Teatro del Volador. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1980. 123 pp.

Seminario de Dramá

Colectión

Francisco (Paco) Prado

RESEÑA PERIODÍSTICA

Emilio Carballido. *Terrible metáfora*.
En revista *Tiempo*, 3 de septiembre de 1979.

A una especie de casa embrujada, donde desde la segunda llamada estamos viendo una figura humana, que causa algún tipo de incomodidad, va a mudarse un matrimonio joven. Él es divorciado, ella muy decente, pero en una ocasión cometió el poco gratificante adulterio. El lugar ya existe antes que ellos lleguen: es una obra maestra de escenografía: paredes y puerta sólidas, luz de sol que juraríamos es natural. Recuerda a la colonia Santa María, o Mixcoac; es México, sin equívoco.

La mudanza de Vicente Leñero es una obra tan poco usual que podemos designarla con el gastado adjetivo de extraordinaria, y es justo. Una fábula sencilla, un movimiento escénico normal, realista: su título dice todo. Ese foro vacío va a ir llenándose con la pesadilla monstruosa que es un mensaje de casa. La sociedad de consumo en acción y en contacto con la imaginación de todos los que tengamos casa puesta. Allí van a ir entrando sala, recámara y comedor, licuadora y televisión, estéreo, discos y objetos de "arte". Y en medio de eso, poseedores o poseídos, dos privilegiados de nuestra sociedad, servidos por un grupo de hombres que trabajan como bestias de carga.

Terrible metáfora, incómoda y agresiva farsa con un tratamiento que oscila en el filo de un cabello: planteada su posibilidad de trascendencia, parece por un rato ceñirse al realismo más inmediato. Luego, la acción va rompiendo todo límite y llega al punto promedio: es una imagen de las dos fuerzas tremendas que nos sacuden: la lucha de clases y la lucha de sexos entremezcladas en un trozo de poesía dramática con impecable, excelente oficio literario, que hará de su lectura un placer añadido al de la representación.

El teatro de la UNAM recogió esta obra que rechazaron las compañías oficiales. Seguramente los problemas de México dichos en lenguaje universal no son lo que persigue este sexenio. Se ha visto durante tres años y queda en triste evidencia con lo aquí

consignado. Leñero es un escritor de prestigio internacional. Ve-
mos, posiblemente, lo mejor que ha salido de su pluma de dra-
maturgo. El público va con una entrega y un entusiasmo que no
son usuales, llena el teatro, con sobrecupo diariamente, y tiene
el doble goce de estar ante un montaje de gran clase y ante una
formulación que le toca en vivo. Obviamente, no es apto nada de
esto para el teatro oficial. Lástima.

Adám Guevara ha sido un director de carrera errática. Picado
a veces por el gusano de la experimentación al vacío, otras por el
de la rutina huera, no puede decirse que haya hecho una mala
carrera. Simplemente no estaba en el mapa definitivo de nuestro
teatro. Se coloca ahora y muy seriamente. Tono, ritmo, ritmo muy
especialmente, ambigüedad en cuanto a los márgenes de la rea-
lidad mostrada, manejo de actores, movimiento escénico, todo es
una serie de aciertos nada comunes. Añádase la colaboración del
mago, brujo y gran técnico de nuestros foros: Alejandro Luna. El
resultado es una puesta en escena de exportación, que da orgullo
mostrar diciendo: "Este es el teatro que se hace en México." Lásti-
ma que no ocurra del diario.

María Rojo, Luis Rábago; así se actúa a Leñero y a Strind-
berg, y a los maestros. López Rojas, Chávez y mudanceros: uno
piensa de pronto que los pescaron en Tacubaya junto a su ca-
mión; la ilusión de vida y verdad es perfecta; el mimetismo con
su propio pueblo es una de las cosas que sólo en texto de autor
nacional, puede, en verdad, desplegar plenamente un actor. Raúl
Bretón: encarnará la máxima de que no hay papeles pequeños y
hace crecer el suyo al tamaño de la obra.

Es monótono formular el entusiasmo. Vista dos veces *La mu-
danza*, la boca y la máquina tienden a llenarse con elogios. Se
trata de un trabajo que indudablemente forma parte de lo mejor
que puede dar nuestro teatro, históricamente hablando. Suspire-
mos con alivio porque alguna institución pudo advertirlo.

LA MUDANZA

PERSONAJES

MARI

SARA

JORGE

CARGADOR-JEFE

CARGADOR 1

CARGADOR 2

CARGADOR 3

CARGADOR 4

MISERABLE-PARLANTE

CORO DE MISERABLES

Seminario de Drama

Colección

Francisco (Paco) Prado

ESCENARIO

La estancia de una pequeña casa "colonial" muy vieja, en mal estado. Se encuentra totalmente desamueblada. Tiene un acceso, de entrada, por el breve jardín que se interpone entre la casa y la calle y que seguramente es visible, al menos en parte, a través de las estrechas ventanas enrejadas de la estancia. Otra puerta interior comunica a lo que debe ser la cocina y pequeña zona de servicio. Está cerrada. También está cerrada una grande y hermosa puerta colonial que conduce a las habitaciones interiores, y a la que se llega por una corta escalera cuyo desemboque, en un segundo nivel, está integrado a una especie de mezzanine de reducidas dimensiones.

En el piso: basura, papeles, trozos de cartón y madera, tierra, botes . . . Un viejo cepillo y algunos trapos de aseo se arrinconan por ahí.

*Seminario de Dramá
Colección
Francisco (Paco) Prado*

ACTO ÚNICO

Son cerca de las diez de la mañana. SARA y MARI están llegando a la casa. Se empiezan a oír sus voces cuando se detienen brevemente en el jardín.

SARA: Lo que es ahorita todo está en ruinas . . . Mira qué plantas. Voy a necesitar un jardinero, además del montón de albañiles y pintores.

MARI: Se ve bien.

SARA: Después de las porquerías que vimos fue lo mejorcito . . . Pásale, Mari. A ver qué te parece.

Entra MARI, impulsando la puerta que se encontraba simplemente emparejada. Tras ella aparece SARA; lleva un par de pequeñas cajas que parecen alhajeros. MARI observa el sitio con atención.

MARI: Oye, está muy amplia.

SARA: Viejísima ¿no? Le hacen falta un montón de composturas, empezando por una limpieza a fondo. Mira . . . Mira . . . Ahora sí voy a bajar esos tres kilos que te decía. Nada más ve las paredes, se están cayendo.

MARI: Es lo de menos . . . Te puede quedar linda. Se presta para que le des un ambiente bien padre.

SARA: Lo que pasa es que no tengo mucho humor que digamos, la verdad. Con pensar en lo que se me espera me quiero morir. Qué horror.

MARI: ¿Sigues mal con Jorge?

SARA: ¿Por qué?

MARI: No, pensé . . . Por lo que me estabas diciendo en el coche.

SARA: Ah, no; ahí vamos.

MARI: ¿Ya mejor?

SARA: Más o menos. Regular.

MARI: El cambio les va a servir. Siempre ayudan estas cosas. Como que es un buen momento para que les llegue un segundo aire.

SARA: Ojalá. [*En transición, y en referencia a las cajas que carga:*] ¿Dónde pondré esto?
MARI: Las hubieras dejado en la cajuela.
SARA: Uy no. Luego con el sacadero de cajas y el desorden nadie sabe dónde quedó nada. [*Elije un sitio.*] Aquí las voy a dejar, tú me acuerdas. Y me ayudas a echar ojo, ¿sí?, porque estas gentes de la mudanza nada más andan viendo qué se llevan. Ése es su negocio.
MARI [*por la casa, que examina:*] Está linda, Sara. Para mí que tuvieron mucha suerte.
SARA: ¿De veras te gusta? [*Señala la puerta de la cocina.*] Ahí está la cocina. Hay que cambiarle el fregadero, que está asqueroso, y no sé cuántas cosas de la tubería, pero en fin.

MARI llega a la puerta de la cocina. Trata de abrirla, pero la encuentra cerrada.

MARI: Está cerrada.
SARA: Jorge trae las llaves. [*Señala y se encamina a la zona de la escalera y mezzanine.*] Arriba tiene dos recámaras y su baño. Nada más.
MARI [*en referencia al conjunto que forma el mezzanine:*] Ese lugarcito le da mucho ambiente.
SARA: No creas que son la gran cosa, vas a ver. Son así de chiquitas. [*Encuentra la puerta cerrada. Mueve inútilmente la perilla.*] Uy, también está con llave, qué lata.
MARI: Pero ésta sí es una joya colonial, Sara.
SARA: ¿Qué cosa?
MARI: La puerta. Qué maravilla.
SARA: Ah, eso dice Jorge. Yo, si te soy franca, no le veo el arte por ningún lado. Para mí no es más que una puertota enorme y viejísima.
MARI: No seas bárbara.
SARA: Pesa horrores, Mari. Hay que hacer gimnasia antes de abrirla y cerrarla cada vez... Y espérate a que veas el tamaño de las recámaras. Tengo miedo de que no me quepa ni el tocador.
MARI: Pero son dos recámaras, y la estancia está grande. Es como el doble de tu departamento. O más.
SARA: No te creas.
MARI: ¿Qué vas a poner en la otra recámara? ¿La vas a guardar para un bebé?
SARA: Estás loca.
MARI: ¿Por qué?

SARA: ¡Estás loca!
MARI: Ibas a esperar dos años, ¿no?, ¿y ya cuántos llevas?
SARA: No, Jorge no quiere, ni yo. Menos ahora que andamos así. Para qué meternos en un lío de éstos, que luego puede resultar un problema más grande.
MARI: Prefieres quedar libre por si las dudas.
SARA: No, no es eso... No sé.
MARI: ¿Te volverías a casar, Sara? [*Ante la sorpresa de SARA:*] Si te divorciaras de Jorge.
SARA: Nunca he pensado en divorciarme.
MARI: En diciembre parecías muy dispuesta.
SARA: ¿Yo?
MARI: A mí me lo dijiste.
SARA: Nunca hablé de eso.
MARI: Hasta sentí feo porque no me imaginaba que las cosas hubieran llegado a tanto.
SARA: ¿Cuándo te dije a ti?
MARI: Me lo dijiste. Estabas muy dolida por no sé qué pleito que habían tenido.
SARA: ¿Cuándo, Mari?
MARI: Olvídalo.
SARA: Es que no es cierto.
MARI: Olvídalo, haces bien. El divorcio no remedia nada. Problemas los tenemos todos, casados o no. Ya me ves a mí. [*Pausa larga. Transición.*] Oye, ¿y las reparaciones que van a hacer son a cuenta de renta?
SARA: No.
MARI: Debían serlo. Por muy poco dinero que le metan siempre va a resultar un gastito fuerte.
SARA: Qué esperanzas. El dueño le dijo a Jorge que se la dejaba en seis mil, siempre y cuando las composturas fueran por nuestra cuenta.
MARI: Bueno, para una casa sola, seis mil no está mal.
SARA: En menos ya no se consigue nada. ¡Y mira que si buscamos!
MARI: Sí, me decías.
SARA: Sobre todo yo... Dos meses viendo departamentos y dúplex y porquería y media. Por un departamentito así, casi igual al nuestro, nos llegaron a pedir cuatro mil quinientos. ¡Están locos!
MARI: ¿Y cómo lo encontraste?
SARA: No, fue Jorge. Un compañero de su oficina tenía un amigo, y le pasó el tip; ya ni sé.

SARA *ha tomado el cepillo del piso y se ha puesto a barrer los papeles y la basura.*

MARI: Tuvieron suerte.

SARA: La casa no estaba en renta. Parece que la dejaron desocupada desde hace años por no sé qué historia que le contó el dueño. Que era de un hermano, que la hermana mayor había muerto intestada, que luego un pariente se las quiso quitar, que le pusieron unos sellos por no sé qué escándalo... Un relajo.

MARI: Pero está en regla.

SARA: Jorge dice que sí. Yo, mira, preferí no averiguar. Luego de tanto busque y busque estaba dispuesta a conformarme con cualquier cosa.

MARI: Esto no es cualquier cosa, Sara; al contrario.

SARA: Sí, claro, a mí me gustó. No tanto como a Jorge que es muy exagerado para todo, pero me pareció bien, con todo y los defectos que estás viendo: está vieja, es muy oscura... y el rumbo. Sobre todo el rumbo.

MARI: A mí me gusta el rumbo.

SARA: No te creas, está medio abandonado. Y luego, aquí cerca, hay una colonia de paracaidistas. Puros vagos y malvivientes. Gente de lo peor.

MARI: En la cuadra se ven casas muy elegantes. Burguesas a tu mero gusto.

SARA: Eso no quita el peligro de los rateros. Además, no tiene teléfono.

MARI: ¿De veras? Ahí sí que está mal, para que veas. Sin teléfono no se puede vivir... ¿Y qué van a hacer?, ¿qué dice Jorge?

SARA: Ay, ya lo conoces; cuando él no quiere encontrarle defectos a una cosa todo le parece que tiene remedio.

MARI: ¿Pero qué van a hacer?

SARA: Dice que hay un amigo que conoce a un tipo muy influyente en Teléfonos, y que él le va a conseguir la línea. Como si fuera la cosa más simple... Ah, y cuando le dije de la colonia de paracaidistas, ni caso me hizo; se burló de mí. Claro, como él siempre llega nochísimo y yo soy la que me quedo sola, esperando, a él qué.

MARI: ¿A poco eres miedosa, Sara? No me digas.

SARA: No, no es que sea miedosa, pero... [Transición.] Oye, ya están tardando mucho, ¿no? Venían detrás de nosotros.

MARI: Las mudanzas son lentísimas. [Transición.] Para qué limpias. Después se te va a ensuciar todo y vas a trabajar doble.

SARA: Una escombradita aunque sea, para que no se levante más mugrero.

MARI: Entonces deja que te ayude.

SARA: No, no te molestes, Mari.

MARI: Vine a ayudar. [En referencia a la basura que SARA ha juntado.] ¿Dónde quieres que echemos esto? [Utiliza unos cartones a manera de recogedor.]

SARA: Pues nada más aquí, está cerrada la cocina... ¡Cómo se quedó Jorge con las llaves, caramba!

En silencio ambas mujeres trajinan durante un lapso.

SARA: Lo que sí están peor de sucias son las recámaras, nomás vieras; hay hasta telarañas.

MARI: ¿En qué vas a ocupar entonces la otra? ¿Un cuarto de televisión?

SARA: Jorge quiere poner ahí dizque su oficina. Ésa es la nueva ocurrencia de mi esposito. Con eso me salió, imagínate... Según él, va a renunciar a la compañía y va a poner una agencia de publicidad por su cuenta.

MARI: Oye, qué bien.

SARA: Qué bien ni qué nada, está loco. Con qué ojos y con qué prestigio va a montar él una agencia que valga la pena y a conseguir clientes importantes. Nos vamos a morir de hambre. Otros, con más experiencia y más relaciones han quebrado. Sin ir más lejos: Gómez Trejo, uno que trabajaba en su oficina, el jefe de medios, renunció hace como dos años para independizarse y tronó en una forma espantosa... Ah, no, pero Jorge dice que él ya tiene muy estudiado el asunto, y con dos clientes que ya da por seguros, se cree el amo de la publicidad en México... Es una idiotez, Mari; se lo han dicho Vázquez, y Manuel Laviña, y se lo he dicho yo. Pero uy, que no me atreva a tocar el asunto y a meterme en lo que no entiendo, porque el señor se pone frenético.

MARI: Bueno, yo no sé de esto, pero a mí me parece que es muy justo que quiera independizarse.

SARA: No en esta clase de negocios, Mari. Así como piensa hacerlo es un error... En fin, todavía no es nada seguro, como pasa siempre con sus ideas geniales. Acuérdate del laboratorio de fotografía. Acuérdate... Ya no me extrañaría nada que mañana mismo me llegara con la noticia de que se quiere meter de aviador.

MARI [después de pausa:] ¿Dónde van a comer?

SARA: ¿Cuándo?

MARI: Hoy. Luego que acaben la mudanza.

SARA: Ah, no. Qué vamos a acabar hoy. Ojalá. Aquí nos vamos a estar todo el santo día, y todavía para mañana y pasado voy a tener un montón de quehacer, ya verás. Por eso me chocan las mudanzas.

MARI: A mí me encantan.

SARA: ¿Las mudanzas? Será porque nunca te has cambiado.

MARI: Dos veces nada más, pero me encantan. Es padre ir a vivir a otro lado. Todo diferente. Distinto. El rumbo, la casa, los vecinos. Se siente como el chance de empezar otra vez desde cero, ¿no?, con nuevos propósitos y nuevos planes. Ya con que cambie el lugar donde están tus muebles y tus cosas, y tires a la basura un montón de tiliches, ya con eso te sientes otra... A mí me encanta.

SARA: Si hubiera quien se encargara de toda la monserga del cambio yo diría lo mismo. Así sí.

MARI: Ésa es parte de la emoción.

SARA: Pero qué tiene de emocionante ponerte a empacar cosas, y a llenar cajas, y a tirar mugres.

MARI: Sí, todo eso.

SARA: Pues a mí me pone de un humor de los diablos. Y a Jorge peor, ya lo viste... Ay, no, es una lata. Cuando era soltera, de niña, nos pasamos la vida cambiándonos porque mi papá no aguantaba vivir mucho tiempo en un mismo sitio. Pensaba igual que tú. Creía que cambiándonos a otra parte le iban a mejorar las cosas en los negocios y con mi mamá. Y nunca mejoró nada, ni cuando se divorciaron. Le fue peor.

MARI: Bueno, eso allá cada quien. [Transición.] Te decía de la comida porque puedo ir a comprarles unas tortas para que no tengan que salir.

SARA: Hice sándwiches, Mari, gracias. Te digo que ya sé lo que es esto... Lo que sí es que tú te vas cuando quieras, ¿eh? No vas a echar a perder tu domingo por nuestra culpa.

MARI: Yo me quedo hasta que acaben, no faltaba más. Para eso vine.

SARA: Me da pena, Mari.

MARI: Uy sí, qué pena. Pues aguántatela.

Se escuchan ruidos afuera, provenientes de la calle, y MARI se encamina hacia la puerta.

MARI: Ya llegó Jorge. Ahí están.

SARA: Vaya.

Mientras SARA hace a un lado una porción de basura que podría estorbar las acciones de la mudanza, MARI sale al jardín. Se le oye hablar desde ahí con JORGE. Éste carga los restos de una caja desfondada llena de libros y discos.

MARI: Cuidado, se te están cayendo. A ver, espérate, yo te ayudo.

JORGE: No, no, déjame. Es peor.

MARI: Espérate.

Entra JORGE cargando la caja desfondada. Detrás MARI con un pequeño alero de libros.

SARA: ¿Por qué te tardaste tanto?

JORGE: ¡Y lo preguntas! ¿Qué no ves?

SARA: ¿Qué pasó?

JORGE deja caer la caja al pie de una pared del fondo. Ahí MARI pone luego los libros que ella carga.

SARA: Se van a romper los discos, no seas bárbaro.

JORGE: Si se rompieron ya se rompieron. Te lo dije. Pero tú ne-
cia. Te dije que amarraras las cajas.

SARA: ¿Se desbarataron?

JORGE: Claro que se desbarataron. Y a media banqueta, cuando iban a subirlas al camión... Un regadero de libros y de mugres espantoso. Mejor me los traje en la cajuela.

SARA: Pero si yo amarré las cajas.

JORGE: Si las hubieras amarrado no se hubieran roto, carajo...
Voy por lo demás.

MARI: Te ayudo.

JORGE va a salir, seguido de MARI.

SARA: Las llaves, Jorge... ¡Jorge!

JORGE se detiene

JORGE: Qué.

SARA: Las llaves. Está cerrada la puerta de la cocina y la de arriba.

JORGE: ¿Cerrada? [Pausa. Extrae de su bolsillo una llave solitaria.] Yo sólo tengo la llave de la entrada; fue la única que me dio el licenciado... ¿Ustedes cómo entraron?

SARA: Estaba abierto.

MARI: De veras. Ni cuenta nos dimos.
JORGE: ¿Cómo abierto? ¿No te la di, Sara?
SARA: No me diste nada.
JORGE: ¡Carajo!, no puede ser.

JORGE *regresa hacia la puerta de la cocina, y trata de abrirla forcejeando inútilmente.*

SARA: Ay, Jorge, no me digas que se te olvidó pedir las llaves. Ahora cómo vamos a meter los muebles de la recámara, y el refrigerador... Ya están aquí los hombres.

Mientras JORGE acude a forcejear ahora la puerta que da a las habitaciones interiores, entra el CARGADOR-JEFE seguido de dos CARGADORES que conducen, sujetándolo mediante correas, un pesado baúl.

SARA [a MARI:] Siempre nos han de pasar estas cosas. Es de un desmemoriado...
JORGE: Mejor cállate, Sara; no empieces.
MARI: Yo voy a recoger las llaves, no hay problema. En un ratito voy y vuelvo.
CARGADOR-JEFE: ¿Dónde va esto?

SARA *reacciona ante la voz del CARGADOR-JEFE. Acude a rectificar el rumbo de los CARGADORES.*

SARA: No, no, espérense. Déjenme ver. [Reflexiona durante segundos:] ¿Dónde acomodamos el baúl, Jorge?... ¡Jorge!
JORGE [ocupado, forcejeando la puerta:] Donde sea. Da lo mismo.
SARA: ¿En la sala?
JORGE [no responde, murmura para sí mismo, por la chapa:] Me lleva la chingada.
SARA [a los CARGADORES:] Por aquí, por favor. [Transición. Rectifica después de un lapso.] Perdón, no; por acá. Mejor acá. [A MARI:] Tengo que buscarle un lugar donde luzca y no estorbe.
MARI: Estoy enamorada de tu baúl.
SARA [a MARI:] Ahí se ve bien, ¿no te parece? Porque de este lado voy a poner la sala y allá el comedor.
CARGADOR-JEFE: Usted dice, seño.
SARA: Sí, sí, ahí por favor, junto a la pared... Ahí mero.
MARI: Es pesadísimo, ¿verdad?

SARA: Y más que lo llené de ropa y de triques ya para no empaquetar.
MARI: Cuando te aburras y pienses venderlo, aquí tienes una compradora. Te pago lo que quieras.
SARA: Eso nunca. Era de mi bisabuelo, estaba en la hacienda. No sabes lo que tuve que pelear con la familia para quedarme con él.
MARI: Es precioso.

El baúl ha quedado en un lugar sobresaliente del escenario. Los CARGADORES obedecen al CARGADOR-JEFE antes de salir en busca de más muebles.

CARGADOR-JEFE: No me dejen aquí las correas, qué están pensando... Tú mejor carga con el Pelón. Deja a este con Lucho... Pero sin dormirse, órale.

A partir de este momento, la tarea de la mudanza se desarrolla imparablemente, consumiendo el tiempo lógico, real, que implica tal acción. En ella participan, empleando expresiones ad-libitum propias de las operaciones específicas de cada instante, cuatro CARGADORES, y el CARGADOR-JEFE que también conduce muebles y cajas. No se marcan todas las entradas y salidas, ni se especifican los distintos muebles, más que cuando así lo obliga una relación directa con el diálogo o la acción de los protagonistas.

SARA [a JORGE, quien permanece inmóvil, pensativo, conteniendo su mal humor:] Hay que ir volando por las llaves, Jorge, no te quedes ahí parado.
MARI: Dime donde vive el dueño y yo voy.
SARA: Pero rapidito.
JORGE: Es que no sé. Nada más conozco su oficina.
MARI: ¡Híjole, y en domingo!
SARA: ¿No sabes dónde vive el dueño?
JORGE: No.
SARA: No sabes.
JORGE: No, ni me dio su teléfono.
SARA: Pero es el colmo, Jorge, el colmo. ¡Cómo se te olvida una cosa tan tonta! Eres un desastre... ¿Ves por qué te digo que me dejes a mí encargarme de estos negocios?
JORGE [interrumpiendo:] ¡Cállate y no friegues!
SARA: El que se debe callar eres tú, grosero. Todavía que se te olvidan las llaves.
JORGE: ¡Que te calles!

SARA [*dominándose:*] No me grites. Por favor no me grites, y menos delante de Mari.

MARI: Cálmate, Sara, no tiene importancia. Buscamos el teléfono del dueño en el directorio o voy por un cerrajero.

JORGE *cruza para salir hacia la calle.*

JORGE: En domingo no encuentras un cerrajero ni de milagro.

SARA [*a JORGE:*] ¿A dónde vas?

MARI: Hay un cerrajero en Universidad, frente a la casa de Leonor; creo que abre los domingos.

SARA: ¿Sabes siquiera el nombre completo del licenciado, Jorge?

JORGE: ¿Qué dices?

SARA: Que si sabes el nombre completo del licenciado, para buscar su teléfono en el directorio.

JORGE [*con sarcasmo:*] Ah, claro que lo sé, pero es un secreto profesional . . . ¡Idiota!

SARA: ¡Idiota tú!

JORGE *sale, dejando a SARA con un ademán de rabia en el aire.*

SARA: Ves cómo me trata, Mari. Ves cómo se pone conmigo sin que yo le haga nada. Para que luego lo defiendas y digas si tengo razón o no.

MARI: No le hagas caso.

SARA: Qué culpa tengo de que se le olviden las cosas, caramba. Que descargue su rabia con sus narices. Por qué se desquita conmigo. No hay derecho.

Entran los CARGADORES con un sofá. El CARGADOR-JEFE trae una pequeña mesa.

MARI [*advirtiendo a SARA, que parece distraída:*] Ahí traen la sala.

SARA [*en transición, al CARGADOR-JEFE:*] Por aquí, señor. Acá. El sofá al centro y los dos sillones a los lados . . . De este lado me pone la televisión . . .

CARGADOR-JEFE [*a los CARGADORES:*] Acá muchachos, llegándole.

SARA: Pero con cuidado, por favor. Ya mero me rompían la pantalla en el departamento.

CARGADOR-JEFE: No pasó nada. Usted no se apure, tenemos experiencia.

SARA: Se lo advierto otra vez. [*Transición.*] De una vez le digo cómo van los muebles, ¿no?

CARGADOR-JEFE: De una vez.

SARA: En esta parte van los muebles del comedor. El aparador grande allí. Ah, no, allá. Espéreme, déjeme ver. Bueno, ahorita vemos y le digo.

CARGADOR-JEFE: Usted me dice, señora. [*Transición.*] Apurándose, muchachos. [*A otros CARGADORES que llegan.*] Sosténle bien, Pelón. Sosténle. Ahí pasa.

SARA: Oiga, señor, como cuánto tardan.

CARGADOR-JEFE: En qué.

SARA: En la mudanza. Cuánto tiempo se llevan.

CARGADOR-JEFE: Una media hora . . . Es un solo piso, ¿verdad?

MARI: Sí, está muy fácil.

CARGADOR-JEFE: Media hora . . . cuarenta minutos.

SARA: Porque tenemos un problema, ¿sabe? Se quedó cerrada la cocina y las recámaras de arriba, y vamos a tener que ir por un cerrajero.

CARGADOR-JEFE: Ah caray.

MARI: Yo voy ahorita por el cerrajero aquí cerca.

SARA: Nada más quería que nos esperara un rato, por favor, en lo que tardan en abrir la puerta.

MARI: La abren en un segundo.

CARGADOR-JEFE: Lo malo es que nosotros no podemos esperar, seño.

MARI: Es un momentito.

SARA: Pueden ir sacando las cosas del comedor y todo lo que va aquí.

CARGADOR-JEFE: Sí, pero yo tengo todavía otra orden de trabajo. Ando con mi tiempo muy apretado . . . Si en lo que estamos aquí ustedes arreglan su asunto, pues no hay problema. Pero yo no puedo hacer nada.

MARI: Puede esperar un ratito, no sea malo.

SARA: Nada más le pido que dejen para el último los muebles de la recámara y el refrigerador, y algunas cajas . . . Ahí después le doy una buena propina.

CARGADOR-JEFE: No es eso, seño; es que nosotros tenemos que ir sacando por fuerza las cosas del camión tal como vienen. No hay modo de estar escogiendo qué sale primero y qué sacamos después. Venga a ver si quiere el camión para que vea que no la engaño.

EL CARGADOR-JEFE y SARA se encaminan hacia la puerta de salida.

SARA: Pero no puede dejarnos todo amontonado en la sala. Nosotros qué hacemos. *[En relación con los CARGADORES que llegan con algunos muebles:]* Eso es del comedor.

MARI *[a los CARGADORES, aprestándose a dirigir la operación:]*
Por acá. Por acá, señor.

SARA y el CARGADOR-JEFE salen. Su voz se escucha fuera, en el jardín.

SARA: Cuando se les contrata, ustedes se comprometen a dejar todo en orden.

CARGADOR-JEFE: Esto no es mi culpa, seño.

MARI dirige momentáneamente las operaciones de los CARGADORES.

MARI: Con cuidado, por favor. Cuidado.

Casi simultáneamente a la salida de SARA y el CARGADOR-JEFE ha entrado JORGE. Trae en las manos un desarmador y algunas otras herramientas. Va directamente hacia la puerta de la cocina. Acciona la chapa, con evidentes muestras de mal humor. A él se dirige MARI.

MARI: ¿Por qué andas tan enojado? Estás que avientas chispas.
JORGE: No es contigo.

JORGE se vuelve hacia ella, sin abandonar su posición en cuclillas, y acaricia con un ademán que parece acostumbrado los glúteos de MARI. Ésta interrumpe el ademán.

MARI: Jorge . . . No . . .

JORGE insiste con una caricia erótica, que MARI tolera por segundos, con satisfacción.

MARI: Te van a ver.

JORGE *[suspende la caricia. En transición:]* Esta Sara me enfurece.

MARI: También tú eres muy grosero con ella.

JORGE: Ya no la aguanto. Habías de ver cómo ha andado toda la semana: friegue y friegue y friegue.

MARI: Y tú no.

JORGE: Yo también, pero cómo no voy a encabronarme. A la

hora de la hora, cuando ya estaba todo arreglado, me salió con que no quería cambiarse, que no le gustaba la casa.

MARI: Pues yo la veo bastante ilusionada.

JORGE: No sabe lo que quiere.

MARI: Tú tampoco, Jorge.

JORGE: Yo tampoco qué.

MARI: Tú tampoco sabes lo que quieres. Nunca lo has sabido. Eres incapaz de tomar una decisión.

JORGE: De qué hablas.

MARI *[en transición:]* Voy por el cerrajero. A ver si consigo uno antes de que terminen los cargadores.

MARI sale rápidamente. JORGE permanece pensativo durante un breve lapso. Luego regresa a su tarea sobre la puerta de la cocina. Se afana. Sólo se interrumpe cuando es solicitado por los CARGADORES, a quienes dirige respecto a la colocación de los muebles que han traído.

CARGADOR: ¿Por dónde, joven?

JORGE: Eso va de aquel lado . . . Por acá. Más acá. Ahí.

Con expresiones ad-libitum, JORGE sigue orientando la acción. Luego regresa a la puerta de la cocina. Su impotencia lo fastidia y decide intentar en la puerta que da a las habitaciones interiores. Acciona en ella tratando de abrir la chapa. Entra SARA. Carga la bolsa donde puso el lunch y otra donde guardó algunos refrescos y cervezas de lata. Coloca todo en un lugar visible.

SARA: Dejaste abierta la cajuela.

JORGE: Todavía no acabo de sacar los libros.

SARA: Pero cualquiera que pase puede robarse lo que quiera.

JORGE: Ahí están los de la mudanza.

SARA *[con burla:]* Mira nomás. Ésos son peor.

JORGE: Pues ve a cuidarlos, ora, para que luego no me echés a mí la culpa si se pierde algo.

SARA *[después de pausa:]* Son bien desconsiderados, caray. El señor del camión dice que no; que él por ningún motivo se espera a que venga el cerrajero, ni nada. Él amontona todo a donde caiga, y adiós . . . Le ofrecí cincuenta pesos, pero ni así. Mulas que son.

JORGE: Tienen su tiempo medido.

SARA: Pero qué es para ellos media hora más o media hora menos, ni que los anduvieran correteando con un látigo. Vas a

ver que cuando Mari llegue con el cerrajero, los muy desgraciados ya no van a querer subir las cosas de la recámara.

JORGE: No va a conseguir cerrajero en ningún lado, no seas necia.

SARA: Oye, ¿y no se podrían meter los muebles por las ventanas de afuera?

JORGE: Tienen rejas, ¿qué no has visto?

SARA: Cierto.

Dirigiéndose entre sí con las características expresiones del oficio, dos CARGADORES cruzan la puerta de entrada sujetando un pesado mueble, perteneciente al comedor. Chocan con el marco de la puerta y producen un gran ruido que alerta a SARA, pero apenas se detienen en su viaje. SARA va hacia ellos rápidamente.

SARA: ¿Qué pasó? . . . Oigan, pero qué hacen, no sean brutos, miren nada más. Pero cómo meten así las cosas, Dios mío, se los dije, cómo no ven por dónde caminan. Ya lo rayaron todo.

CARGADOR 1: Es que . . .

CARGADOR 2: Te lo estoy diciendo, Pelón, hombre, no te sueltes.

SARA: ¡Jorge! Ven a ver qué rayadota, Jorge. Qué brutos, caramba. Miren nada más.

CARGADOR 2 [*reanudando el viaje*]: Con cuidado, Pelón. Órale, aguántale.

CARGADOR 1: Párate.

CARGADOR 2: ¿Ya listo?

CARGADOR 1: Ora sí.

CARGADOR 2: Amos . . . amos.

CARGADOR 1: Viene.

SARA: Se los advertí mil veces. Son muebles muy finos . . . Ven a ver, Jorge.

JORGE abandona su tarea y va hasta el mueble.

SARA: Es increíble, caray. [*A JORGE, señalándole el rayón*]: Mira, mira que rayón le dieron. Mira hasta dónde llega.

JORGE [*tranquilo*]: Qué barbaridad.

SARA: Y eso no tiene remedio, eh. Lo fastidieron de plano.

JORGE: Va a haber que darle una pulida.

SARA: Pero con una pulida no se arregla, es grandísimo. Mira.

Mira, Jorge. Y aquí. Y aquí . . . pero qué descuidados son ustedes, caramba, qué descuidados, qué brutos.

JORGE: Ya no hagas escándalos, Sara. Ya ni modo.

SARA: ¿Cómo que ni modo? ¿Te parece poco?

JORGE regresa a su tarea en la puerta. Los CARGADORES miran silenciosos el desperfecto. Entra el CARGADOR-JEFE. A él se dirige SARA.

SARA: Mire lo que me hicieron sus hombres. Venga a ver. Acérquese. Me echaron a perder el mueble. Nada más vea . . . Lo aventaron contra la puerta como si estuvieran cargando huacales, piedras . . . Y mire, mire qué trancazo. ¿Ya vio? Esto no tiene remedio.

CARGADOR-JEFE: Cómo estuvo, muchachos.

CARGADOR 2: El Pelón, que se me aflojó.

CARGADOR 1: Me agarró torcido.

CARGADOR 2: Porque estás baboseando, buey.

CARGADOR-JEFE: Te dije que éstos los metieras con Lucho. [*Examina el mueble*]. Bueno . . .

SARA [*indicando*]: De aquí hasta acá. Todo esto. Esto. Mire hasta dónde baja . . . Es que no tienen cuidado. Son muebles finos, se lo dije . . . Tiéntele.

CARGADOR-JEFE: Sí, qué lástima . . . Menos mal que no es muy hondo.

SARA: ¿No es muy hondo? Pues no sé entonces qué será hondo para usted. ¡Tiéntele! . . . Ah, no, yo no sé lo que piense, pero a mí me pagan este mueble, eso sí que sí. Me lo pagan y requete pagan. Cómo de que no.

CARGADOR-JEFE [*a los CARGADORES*]: Échenle con lo demás. Y tú mejor agárrate a Lucho para todo lo grande. Pero abusados.

Los CARGADORES salen. Entran otros a quienes dirige JORGE brevemente.

CARGADOR-JEFE [*a uno de los CARGADORES que va entrando*]:

Oye, Lucho, tú le sigues luego con el Pelón. Y mucho ojo.

CARGADOR 3: Está bueno.

SARA: Yo no sé qué clase de gente contratan ustedes, caray. No tienen cuidado con las cosas. Se ve que no saben apreciar lo que es un mueble fino. Parecen animales.

CARGADOR-JEFE: Son accidentes involuntarios, seño.

SARA: Y presumen de ser una compañía seria, eh. Y así cobran.

CARGADOR-JEFE: Somos una compañía seria.

SARA: No parece. [*En relación con el mueble*]. Pero qué bárbaros. Todavía no lo puedo creer.

CARGADOR-JEFE: De eso no se apure que la compañía responde.

SARA: ¿Y cómo responde?

CARGADOR-JEFE: Hasta dejarla a usted contenta.

SARA: Me tienen que pagar el mueble.

CARGADOR-JEFE: Usted escriba su reclamación en un papel, y yo se la firmo de visto bueno... El lunes en la mañana habla por teléfono a la oficina y le mandan un experto. Ahí con él se arregla.

SARA: Ya me imagino el cuento que me va a hacer su experto.

CARGADOR-JEFE: No, la mudanza está garantizada.

SARA: ¿Y quién me va a componer el mueble? ¿Ustedes? No va a quedar igual. Imposible.

CARGADOR-JEFE: Con el experto se arregla, señor. [*Le tiende una libreta*] ¿Quiere pluma?

SARA toma el papel y la pluma que el CARGADOR-JEFE le tiende. Se apresta a escribir.

CARGADOR-JEFE: Ahí escriba usted su queja. Rayones en un mueble, así y asado... Yo se lo firmo aceptando.

SARA: Puras mentiras.

El CARGADOR-JEFE se dirige a los CARGADORES que entran. Los dirige.

CARGADOR-JEFE: Viene, viene, viene, viene. Ahí pasa. Derecho.

[*A JORGE, quien sigue junto a la puerta:*] Esto en el mismo lado, ¿verdad? [*JORGE asiente.*] Volando, muchachos. No se me aplasten.

El CARGADOR-JEFE va hasta JORGE y lo observa en su inútil acción sobre la chapa.

CARGADOR-JEFE: ¿No quiere abrirse la puerta, patrón?

JORGE: No, no quiere.

CARGADOR-JEFE: Se ve difícil la chapita ésta.

JORGE: Es inútil.

CARGADOR-JEFE: Yo lo que siento es que no voy a poder esperar a su cerrajero. Le voy a tener que dejar todo aquí.

JORGE: Qué lata.

CARGADOR-JEFE: Pero como le decía a su señora: el lunes, ya cuando hayan abierto la oficina, puede hablar a la compañía y le mandan dos hombres para que le acomoden las cosas en un ratito.

SARA [*aproximándose y tendiéndole el papel:*] Aquí está.

CARGADOR-JEFE [*examina el escrito:*] Perfecto. [*Firma y se lo entrega a SARA.*]

SARA: A ver si de veras sirve de algo.

CARGADOR-JEFE: Claro que sirve. Le digo que la mudanza está garantizada.

SARA: Ojalá, porque soy capaz de armar un escándalo que va usted a ver. A mí me pagan mi mueble, o los demando.

CARGADOR-JEFE: Ni se apure. Guarde el papelito y se lo da al empleado cuando venga. No hay problema. Compermiso.

El CARGADOR-JEFE sale para seguir dirigiendo las acciones. Durante unos segundos, SARA permanece en silencio frente a JORGE. Éste sacude y se frota un dedo que momentos antes parece haberse lastimado tratando de abrir la cerradura.

SARA: A ti no te importa nada de lo que pase, ¿verdad? Te da lo mismo que fastidien o no fastidien los muebles. ¡Qué le hace! ¡No es nada!... Tranquilamente me dejas que yo sea la que reclame y proteste, que tú, no, para qué se va a molestar el señor. Mejor se pone a platicar con el fulano este como si fuera tu gran amigo o nos estuviera sirviendo a las mil maravillas... Qué poco hombre eres, Jorge.

JORGE: ¿Ya acabaste?

SARA: Qué poco te importa todo.

JORGE: ¡Déjame en paz!

SARA: Ah, y ahora vas a gritarme a mí. Eso sí, ¿verdad? A mí sí puedes reclamarme y gritarme lo que se te antoje, pero no eres capaz de protestar por un destrozo como el que nos acaban de hacer... Con ellos no te atreves, claro, ni pensarlo. No se vayan a enojar los pobrecitos cargadores.

JORGE: Por favor, Sara, no quiero discutir. Bastantes contratiempos hemos tenido toda la semana.

SARA: Contratiempos causados por tu culpa.

JORGE: Sí, por mi culpa.

SARA: Tú eres el que ha andado de mal humor todo el tiempo.

JORGE: Sí, yo...

SARA: Insultándome a todas horas. Reclamándome.

JORGE: Mira quién está reclamando.

SARA: Yo no empecé.

JORGE: No, tú nunca empiezas nada. Eres una santa.

SARA: Nunca he dicho que sea una santa; pero fuiste tú, Jorge, esta vez fuiste tú el que puso las cosas así desde que empezamos el cambio... Yo traté de no hacer caso, bien lo sabes.

Me aguanté todo lo que pude cuando llegabas con tu carota y con tus modos. No quería pensar que era conmigo sino que andabas nervioso por tanto problema. Hice todo lo posible por aguantarme y ser comprensiva.

JORGE: Pobrecita de ti.

SARA: Sí, pobrecita, aunque te burles . . . Hoy en la mañana, hoy mismo, a ver: ¿no me levanté de buen humor?, ¿no estaba toda animosa y dispuesta a trabajar duro en la mudanza? Me choca la mudanza, como a ti, como a todos, pero me hice el propósito, me dije muy firmemente que no me iba a poner de malas, que iba a estar muy bien contigo para que todo fuera menos pesado. Y me propuse pensar en las ventajas de la nueva casa y en que íbamos a cambiar de vida para bien de los dos; de nuestro matrimonio, Jorge.

JORGE: ¿Después de todos los defectos que le pusiste a la casa? ¿Después de que me gritaste que estaba horrible?

SARA: No te grité.

JORGE: Me gritaste.

SARA: Bueno, sí, pero ya no iba a pensar en eso. Te pedí perdón.

JORGE: Tú todo lo quieres arreglar pidiendo perdón.

SARA: Acepté que nos cambiáramos. Qué mejor prueba te puedo dar de que me someto a tus decisiones . . . Y estaba contenta en la mañana, eso no me lo puedes negar.

JORGE [*indica a los CARGADORES:*] Cállate, te están oyendo.

SARA: El que empezó con sus malos modos fuiste tú, desde temprano, por la maldita rasuradora.

JORGE: Te están oyendo. [*Avanza hacia los CARGADORES para dirigirlos:*] Eso no va ahí.

CARGADOR: ¡Dónde!

JORGE: En el rincón. [*Se acerca. Los dirige durante un lapso.*] Todas las cajas me las pone de este lado, por favor, donde no estorben.

Los CARGADORES accionan. SARA se aproxima hasta donde se encuentra, JORGE, vigilante.

SARA: No te gusta que te diga lo que no te conviene, ¿verdad?

JORGE: Delante de la gente, no.

SARA: Y quién fue el primero en gritarme delante de la gente. ¡Delante de Mari, ahora mismo!

JORGE: Qué necia eres, Sara.

SARA: ¡Y tú qué cobarde!

JORGE *cruza la estancia y sale. SARA tarda en sobreponerse y orienta a los CARGADORES que siguen entrando y saliendo durante unos minutos. Llegan con el refrigerador. El CARGADOR-JEFE está presente.*

SARA: Eso va en la cocina.

CARGADOR-JEFE: Pues, sí, pero qué le hago, su cerrajero no llega. ¿Dónde lo ponemos mientras?

SARA: Ahí va a estorbar la puerta.

CARGADOR-JEFE: Un poco más atrás, Lucho.

SARA [*en referencia a la cabecera de la cama con la que entra otro CARGADOR:*] Y ésa es de la recámara. [*Transición.*] Oiga, ¿pero qué no pueden traer primero los otros muebles y luego meten esto?

CARGADOR-JEFE: No, ya le enseñé el camión.

SARA: Lo que pasa es que no quieren cooperar.

CARGADOR-JEFE: No es eso, seño. [*Al CARGADOR:*] De este lado, Pelón. Todo lo que sea de la recámara lo ponen de este lado, muy bien acomodadito.

CARGADOR: ¿Y qué es lo de la recámara?

CARGADOR-JEFE: Aquí le preguntan a la señora.

SARA [*en lo suyo:*] Pero así me voy a portar con ustedes, ya verá. Me voy a quejar con la compañía y les voy a armar un escándalo. Y nada más que no me quieran pagar mi mueble, porque va a ser peor. Yo tengo un hermano que trabaja en el gobierno. Es muy influyente.

CARGADOR-JEFE: Nosotros tratamos de servir lo mejor que se puede. Usted lo está viendo.

SARA: Estoy viendo todo lo contrario.

CARGADOR-JEFE: Pues yo lo siento mucho, señora, pero [*a un CARGADOR que se rezaga:*] ¡Jálale, hombre! no te duermas. [*Transición. A SARA:*] Compermiso.

El CARGADOR-JEFE sale. SARA trata de reacomodar algunos de los muebles de la sala, al tiempo que dice a otro CARGADOR que ha llegado con una caja:

SARA: Las cajas van aquí. Y cuidado con las que traen lo de cristal. Tienen una cinta roja y dicen frágil.

El CARGADOR asiente. SARA insiste en reacomodar los muebles de la sala, pero no puede. Entra JORGE cargando con dificultad un nuevo altero de libros que vienen en una caja desfondada.

SARA [a JORGE:] Ayúdame a empujar esto.
JORGE [después de dejar los libros:] ¿Te vas a poner ahorita a acomodar? Déjalo para después.
SARA: Es que van a meter todo aquí y no va a caber. Ya trajeron el refrigerador, mira... ¡Qué horror! Vamos a quedar amontonadísimos.
JORGE: ¿Y qué quieres hacer?
SARA: Empujar el sofá para que quede espacio; siquiera para que pueda pasar.
JORGE: Hay espacio de sobra.
SARA: Eso crees. [Insiste a JORGE, que continúa inmóvil:] Dime de una vez si no quieres ayudarme para pedírselo a un cargador.
JORGE: Deja las cosas como están, no seas maniática. Ahorita de nada sirve mover nada.
SARA: ¿Vas a seguir con tus insultos?
JORGE: No te estoy insultando. Trato de decirte las cosas de la mejor forma para que entiendas.
SARA: Me estás diciendo maniática.
JORGE: Eso no es un insulto.
SARA: ¿Ah no? ¿Qué es? ¿Una palabra de amor?
JORGE [gruñe:] Ohh. [Se aproxima al sofá, dispuesto a moverlo.]
A ver, pues, hasta dónde quieres empujarlo.
SARA: No, no necesito de tu ayuda, gracias.
JORGE: Empuja y deja de moler.
SARA: Tú quítate.
JORGE: Qué lata, contigo, por Dios. Estás primero fregando con que quieres una cosa, y luego no.
SARA: Pues no, así no. Si para que me ayudes en algo tengo que soportar tus insultos, mejor déjame y lárgate. Yo me puedo encargar sola de la mudanza, no te necesito para nada.
JORGE: ¿Estás hablando en serio?
SARA: Sí, lárgate.
JORGE: Eso se oye muy bien, eh.
SARA: Vete al fútbol, vete con tus amigos; a donde se te antoje. Aquí nada más sirves de puro estorbo.
JORGE: Te voy a coger la palabra, Sara...
SARA: Serías muy capaz.
JORGE: Tú me lo estás pidiendo.
SARA: Claro, eres un irresponsable, siempre lo has sido. Nunca has tenido pantalones suficientes para enfrentar los problemas. A la primera dificultad sales corriendo.
JORGE: Me voy a ir de aquí, Sara, pero no sólo ahora, por un rato. Me voy a ir para siempre.

SARA: ¿Es una amenaza?
JORGE: Es una amenaza.
SARA: Uy, pues qué miedo. Mira, estoy temblando.
JORGE: Te vas a arrepentir.
SARA: Ya verás si me arrepiento.
JORGE: Ahora te haces la muy fuerte, pero ya te veré luego llorando y pidiéndome de rodillas que vuelva a tu lado.
SARA: Nunca te he pedido nada de rodillas, ni en ninguna forma.
JORGE: ¿Ah, no? ¿Nunca me has pedido nada? Qué mala memoria tienes, mi vida.
SARA: ¡Por qué no te largas de una vez!, y así como dices: para siempre.

JORGE se torna pensativo, un tanto cínico. Entre los CARGADORES que realizan su tarea, pasea mirando la casa.

JORGE: Para siempre... De veras que es buena idea. Resultaría muy original que el mismo día que nos cambiamos de casa, justo a media mudanza, cuando la niña soñaba en una nueva vida feliz, yo quedara nuevamente libre.
SARA: Siempre lo has sido.
JORGE: ¿Sí? Fíjate que no me había dado cuenta.
SARA: Siempre has hecho lo que te ha dado la gana sin ningún sentido de responsabilidad.
JORGE: Igual que tú, mi amor.

Un CARGADOR entra con una mesita. JORGE está próximo.

CARGADOR: ¿Esto va en la sala?
JORGE: Yo no sé. Pregúntale a la señora. Ella es la que se va a quedar con la casa.

El CARGADOR se desconcierta. Mira interrogativamente a SARA.

SARA [al CARGADOR:] En el comedor. Junto a la mesa... Ahí... Donde sea. [A JORGE, después de pausa.] Ya ni siquiera te importa delante de quién me insultas. Serías capaz de llamar a todos los cargadores para gritarles nuestros problemas.
JORGE: Otra buena idea de tu parte... No está mal pensado.
SARA: ¡Imbécil!
JORGE [en farsa:] Shhh, Sara, por favor, qué van a decir.
SARA: Ese tonito cínico no te queda.
JORGE: Pues a ti sí, ¿vieras?

Con un gesto de molestia, SARA cruza hacia otro punto de la estancia para acomodar algo. JORGE la detiene de un brazo.

JORGE: ¿Qué harías si de verdad me fuera?

SARA [con sorna:] Ah, no es todavía una decisión... Todavía lo estás pensando.

JORGE [insistente, grave:] ¿Qué harías?

SARA lo mira fijamente. Se aparta de él.

JORGE [nuevamente irónico:] Yo sé bien lo que harías. Primero, antes que nada, te irías corriendo al primer teléfono para contarles a todas tus amigas, llore y llore, bañada en lágrimas, la canallada de tu marido. ¡Y lo que ellas te iban a compadecer!... Pobrecita, Sara. Pobrecita. Pobrecita de ti, chula. Qué hombre más desgraciado. Qué monstruo. Así son todos: ingratos, malvados, egoístas, cínicos.

SARA [señalando a los CARGADORES:] Ya, Jorge, ten un poco de educación cuando menos. Si vas a largarte, lárgate.

JORGE: Después irías a echarte a los brazos de tu hermanito el político. Ya estoy viendo a ese petulante apapachándote el muy hipócrita. [Remedando:] Ya, Sarita, ya, no llores. Es mejor así. Era un mediocre sin oficio ni beneficio. Tú no te apures. Si necesitas dinero, toma. Toma. [Transición.] Y ahí está el chequezote. Claro, a él no le importa. No es dinero suyo. Todo se lo ha robado... ¡Comemierda!

SARA: No te burlabas así de mi hermano cuando lo necesitabas, ¿verdad?

JORGE: Es un miserable como todos los de su clase.

SARA: Pero bien que lo caravaneabas, y le reías sus chistes para que te consiguiera una chamba.

JORGE: Nunca me consiguió nada. Puro jarabe de pico.

SARA: ¿Ah no? ¿Y por quién entraste a la agencia?

JORGE: No fue por él.

SARA: Claro que fue por él.

JORGE: No es cierto.

SARA: Claro que sí. ¿Quién le habló entonces al señor Ramírez?

JORGE: Yo fui a ver a Ramírez personalmente. Me dieron el trabajo por mis méritos.

SARA: Como te gusta engañarte, Jorge. Qué pronto olvidas lo que te han ayudado los demás. Tú solo nunca has hecho ni harás nada. Absolutamente nada, mi amor. Ya estás grandecito para que te des cuenta de lo que vales.

JORGE: Para ti puede que no, pero...

SARA [interrumpiendo:] ¿Valías mucho para Laura? ¿Ella sí sabía apreciar tus talentos?

JORGE: Ella me conocía mejor que tú.

SARA: Seguro, y por eso te despachó a los dos años. Ni siquiera dos años de matrimonio te aguantó la pobre.

JORGE: Tú qué sabes de eso.

SARA: Únicamente lo que tú me has contado. Me hubiera gustado haber tenido una grabadora para que ahora oyeras, tú sí que llore y llore, bañado en lágrimas, lo que me decías cuando Laura te abandonó... ¿De veras ya no te acuerdas?

Furioso, cruzando a grandes zancadas el trecho que lo separa de la puerta de entrada, JORGE busca la salida. Dos CARGADORES, seguidos del CARGADOR-JEFE, vienen llegando con un mueble.

CARGADOR [hacia JORGE, que sale distraído:] ¡El golpe!

JORGE choca con el mueble que traen los CARGADORES. Recibe un fuerte golpe que a punto está de derribarlo.

CARGADOR 2: ¡Bolas!

CARGADOR 1: Le estoy gritando el golpe, patrón.

CARGADOR-JEFE: Cuidado, señor. Estamos entrando. [Transición. Va hacia JORGE, quien se duele.] ¿Se lastimó?... A ver, espéreme. Perdón por el trancazo, pero también usted que no se fija.

JORGE hace a un lado al CARGADOR-JEFE que trata de auxiliarlo de algún modo, y aún con muestras evidentes de dolor, sale de la casa. SARA se ha quedado a medio camino, luego de su intención de ir hacia JORGE en el momento del accidente. Se detiene frente al CARGADOR-JEFE.

CARGADOR-JEFE: No tuvimos la culpa. Usted vio... Se llevó un golpe bien duro. [Pausa.] Esto también lo ponemos con lo demás, ¿no?

SARA [asiente, distraída. Transición.] Ayúdeme a arrimar el sofá, ¿quiere? Así como están metiendo las cosas no va a caber todo.

CARGADOR-JEFE: Ora mismo. Nomás llevamos esto.

El CARGADOR-JEFE ayuda a los CARGADORES a terminar de meter los muebles que traían. Mientras lo hacen, SARA se dirige a la puerta y desde allí parece atisbar el rumbo tomado por JORGE. Muestra

por momentos intenciones de salir a la calle, hacia su marido, pero las palabras de CARGADOR-JEFE la hacen volver.

CARGADOR-JEFE: ¿Para dónde le arrimamos el sofá?

SARA: Un poco adelante nada más. Que quede más espacio de este lado.

CARGADOR-JEFE [*a* CARGADOR 2:] A ver, agárrate de ahí.

CARGADOR-JEFE y CARGADOR 2 *recorren el sofá.*

CARGADOR-JEFE [*a* SARA:] Hasta aquí, o más.

SARA: Con eso está bien.

SARA *sale rápidamente hacia la calle.*

CARGADOR-JEFE: Uta, qué pedo se traen, ¿viste?

CARGADOR 2: Ey.

CARGADOR-JEFE: ¿Traes cigarros?

El CARGADOR 2 extrae una cajetilla y ofrece un cigarrillo al CARGADOR-JEFE. Ambos fuman.

CARGADOR-JEFE: Lo que siento es que no va a haber buenas aguas. Pinche gente. Va a estar como el otro sábado, en las Lomas.

¿Tú no fuiste con nosotros?

CARGADOR 2: ¿Cuándo?

CARGADOR-JEFE: Ah, no, andabas con el Guacho . . . ¿No te contaron? Pues nomás pregúntale al pelón. Jijo, qué escándalo. Puras desgracias pasaron ese día. Primero el accidente de Salvador.

CARGADOR 2: Sí, pobre Chava.

CARGADOR-JEFE: ¿Te contaron?

CARGADOR 2: Algo.

CARGADOR-JEFE: Estuvo horrible. Andábamos subiendo un pinche burro, enorme, por una escalera, y que se le bota la correa al pobre güey. No sé cómo estuvo, pero ¡mocos!, se le vino encima. Estuvo bien raro. Yo todavía no entiendo cómo el pendejo de Chava se dio el atorón.

CARGADOR 2: Que se le rompió una costilla, ¿no?

CARGADOR-JEFE: Tres. Y deja eso. Eso hubiera sido lo menos peor. Quién sabe qué se le desgarró allá adentro en las tripas.

CARGADOR 2: Pero que ya sigue mejor, me dijo el Guacho.

CARGADOR-JEFE: Quién sabe. Lo que sí es que yo no sé de qué la va a hacer el pobre cuate.

CARGADOR 2: De albañil, ésa era su chamba.

CARGADOR-JEFE: Ya ni para eso. [*Transición.*] Bueno, pues ese

mismo día, todavía luego del accidente, se armó un escándalo con el pinche dueño de la casa. Empistolado el cabrón . . . A plomazos nos quería enfriar a todos el hijo de su rechingada. A ver nomás.

CARGADOR 2: Bueno, ¿y por qué?

CARGADOR-JEFE: Por sus pinches güevos . . . No, si te digo que fue un sábado del carajo.

El CARGADOR-JEFE se interrumpe. JORGE y SARA están entrando. JORGE va adelante, llevando libros que coloca junto a los que trajo anteriormente. Detrás, SARA llevando la base de una lámpara y algunos otros objetos.

CARGADOR-JEFE [*al* CARGADOR 2:] Vamos a acabarle.

El CARGADOR-JEFE y el CARGADOR 2 cruzan delante de SARA, hacia la salida.

SARA [*al* CARGADOR-JEFE:] Ya les dije a sus hombres que tengan cuidado con las cajas de la vajilla. Llevan una cinta roja y dicen frágil.

CARGADOR-JEFE: No tenga pendiente, seño.

SARA: Pero de veras, por favor, porque luego ni caso me hacen. Ahorita que fui al camión las estaban arrimando sin ningún cuidado.

CARGADOR-JEFE: Yo voy a estar al tanto.

SARA: Caray, porque ya son muchos percances.

CARGADOR-JEFE: No se apure. [*Gritando hacia afuera, hacia un CARGADOR:*] ¡Despacio, despacio! Fíjate por dónde andas, buey.

El CARGADOR-JEFE y el CARGADOR 2 salen. Durante un lapso considerable siguen entrando y saliendo CARGADORES en ininterrumpidos viajes. SARA señala sitios; tiempo después se dirige a JORGE, quien ha ido hasta un extremo de la estancia y se duele de una pierna. Cojea.

SARA: Déjame verte. Puede ser algo serio.

JORGE: No es nada.

SARA: No seas terco.

JORGE: Y qué ganas.

SARA: Te pongo una pomada, hombre. Ahí está el iodex en el botiquín.

JORGE: Las pomadas no sirven.

SARA: Haz lo que quieras entonces.

JORGE toma asiento en un sillón, mientras SARA dirige durante un nuevo y prolongado lapso operaciones de los CARGADORES. Regresa a JORGE cuando sólo ellos dos están en escena, momentáneamente.

SARA: Quiero pedirte perdón, Jorge.

JORGE: ¿De qué?

SARA: De lo que te dije. De las tonterías que hemos estado diciéndonos toda la mañana.

JORGE: Yo no creo que sean tonterías.

SARA: Sí, lo son. Ni tú ni yo pensamos así, estoy segura... Lo que pasa es que tenemos mal carácter, somos muy susceptibles, y cualquier cosita nos prende como cohetes. No es el momento de echarlo todo a perder ahora que estamos empezando a vivir en esta casa.

JORGE: Que a ti no te gusta.

SARA: Sí me gusta, y me va a gustar más cuando todo se componga.

JORGE: Según tú ¿qué es lo que se va a componer?

SARA: Todo... Tú y yo. Nuestro matrimonio.

JORGE: Eso está peor que las cajas que se rompieron.

SARA: Todavía podemos salvarlo.

JORGE ríe suave, irónicamente.

SARA: Por qué te ríes.

JORGE: Por lo cursi que eres a veces... Primero echas fuera tu coraje, me dices hasta la despedida, y ya que te descargas vienes toda arrepentida a tratar de componer lo que tú misma descompusiste.

SARA: Qué tiene de malo que quiera componerlo.

JORGE: Que no eres sincera. [*Brusca transición.*] Bueno, ya, no empecemos otra vez.

JORGE se levanta y se dirige al CARGADOR-JEFE, atento a las operaciones, SARA va a ir hacia JORGE, pero la presencia del CARGADOR-JEFE la hace desistir. Se ocupa en reacomodar objetos.

JORGE: ¿Ya mero?

CARGADOR-JEFE: Ya mero, patrón.

JORGE: Nos van a dejar un desorden espantoso.

CARGADOR-JEFE: Pues no llegó su cerrajero, qué le hacemos.

JORGE [*respecto al tocador de la recámara, que dos CARGADORES introducen.*] Y eso dónde lo va a poner.

CARGADOR-JEFE: Usted dice.

JORGE: En cualquier parte es un estorbo.

CARGADOR-JEFE: Puede ser ahí nada más, por lo pronto. Ya mañana lo suben. [*Después que JORGE asiente, con resignación.*] Ahí ahí, muchachos.

Los CARGADORES sitúan el mueble, reflejando esfuerzo durante la tarea.

JORGE: Pesadito su trabajo.

CARGADOR-JEFE: Bastante.

JORGE: Pero no ganan mal, ¿o sí?

CARGADOR-JEFE: Pues qué le diré.

JORGE: Salario mínimo cuando menos, a la de a fuerzas.

CARGADOR-JEFE: Los que están en el sindicato.

JORGE: ¿Y cuántos están?

CARGADOR-JEFE: De aquí, uuhhh...

JORGE: ¿Ninguno? ¿Ni usted?

CARGADOR-JEFE: Es un trabajo muy irregular. No todos lo tienen de fijo, siempre. Hay temporadas en que los muchachos no agarran viaje fácilmente.

JORGE: Bueno, pero es un trabajo muy simple. No se necesita saber nada.

CARGADOR-JEFE: No se crea.

JORGE: Con tener músculo y fibra se acabó. Cualquiera sirve.

CARGADOR-JEFE: No es nomás cosa de fibra. Tiene su maña.

JORGE: ¿Usted lleva mucho trabajando en esto?

CARGADOR-JEFE: Alguito. Ya voy para seis años.

JORGE: ¿Y le gusta?

CARGADOR-JEFE: Aquí no es cosa de que le guste a uno o no le guste. Se agarra lo que hay. Hay muchos que ni esto. [*Transición. Hacia uno de los CARGADORES que está entrando.*] ¡Ey, tú, abusado! Sosténle bien de abajo, buey... ¡Eso!... Todo para allá, todo para allá. Las cajas de este lado.

CARGADOR: Te habla el Pelón.

CARGADOR-JEFE: Voy. [*A JORGE.*] Ahorita regreso.

SARA se acerca a JORGE, después de un lapso de mudanza.

SARA: ¿Te sigue doliendo?

JORGE: Qué.

SARA: La pierna.

JORGE: Casi no.

SARA: Cómo tarda Mari, ¿verdad?

JORGE: Se acaba de ir.
SARA: Qué, ya tiene como media hora. No debe haber encontrado cerrajero.
JORGE: Ni lo va a encontrar.
SARA: ¿Y qué vamos a hacer?
JORGE: Qué vamos a hacer de qué.
SARA: Con todo esto. Con este desorden.
JORGE: Mañana busco al licenciado y le pido las llaves. Y luego hablo a la mudanza para que nos manden dos hombres, como dice el chofer.
SARA: Lo malo es que no voy a poder desempacar hoy como había pensado.
JORGE: Se arregla lo que se pueda.
SARA: ¿Tú no te piensas ir?
JORGE: ¿A dónde?
SARA: Irte de la casa. Lo que dijiste: abandonarme.
JORGE: Hoy no... Soy un desgraciado, pero no tanto como tú crees. Y no quiero darle cuerda a tu hermanito. [Remedando.] ¡Pero cómo se largó ese desgraciado a media mudanza!
SARA: Pero entonces piensas irte después... otro día.
JORGE: ¿Qué no puedes dejar un instante de molestar, Sara? Si quiera espérate a que se largue esta gente y discutimos todo lo que quieras, si eso es lo que buscas.
SARA: Jorge...
JORGE: ¡Déjame un segundo en paz, por Dios!
SARA: Necesito saberlo.
JORGE: ¿No entiendes?
SARA: En este momento.
JORGE: ¡Oh!
SARA: No me importa si se entera todo el mundo. No me importa nada... Ningún caso tiene la mudanza si mañana vamos a divorciarnos.
JORGE: Por favor sin lágrimas, Sara; sin lágrimas.
SARA: No estoy llorando.
JORGE: Vas a llorar, te estoy viendo.
SARA: Dime si te vas a ir, Jorge. [Grita:] ¡Dímelo!

El grito de SARA alerta a los CARGADORES. SARA se contiene. Se produce un largo silencio durante el cual se enfatiza alguna acción de la mudanza. Instantes después, JORGE y SARA vuelven a quedar próximos. Hablan con tranquilidad.

SARA: ¿Te vas a separar de mí?

JORGE *la mira largamente.*

SARA: ¿Me vas a dejar?
JORGE: No lo sé. [Pausa.] De veras que no lo sé.
SARA: ¿Por qué, Jorge?
JORGE: Por qué, qué.
SARA: ¿Por qué ha pasado esto? ¿Por qué se ha echado todo a perder?
JORGE: Así sucede a veces.
SARA: Debe haber alguna razón.
JORGE: Tú la sabes.
SARA: ¿Yo?
JORGE: Desde hace tres años la sabes.
SARA [se sorprende ligeramente. Pausa:] Ah, ésa es la razón... Sigue siendo por eso. Todavía no lo olvidas.
JORGE: Ya qué importa.
SARA: Pero no lo olvidas.
JORGE: Hay cosas que es difícil olvidar.
SARA: Si no se quiere olvidar sí es difícil. Y tú no quieres, aunque me lo prometiste.
JORGE: Qué simple es para ti decir: me lo prometiste. Ya con eso piensas que se borra todo de un golpe.
SARA: Yo también prometí olvidar muchas cosas... y las he olvidado.
JORGE: ¿Estás segura?
SARA: Totalmente segura... No me importa el pasado.
JORGE: Eso no es cierto.
SARA: Te juro que sí.
JORGE: Te engañas. Nadie olvida nunca por mucho que lo diga o trate de hacerlo... O será, a lo mejor, que tú eres más buena que yo.
SARA: No te burles de mí.
JORGE: No me estoy burlando. Lo digo en serio... Latosa y todo, insoportable con tus manías y con tus traiciones, pero eres mucho más optimista. Todavía piensas que se puede sacar de la basura lo que ya tiramos por inservible... Tal vez es porque no has fracasado como yo.
SARA: Tú no has fracasado.
JORGE: No he llegado a hacer la tercera parte de lo que ambicionaba.
SARA: Tienes un buen trabajo, no ganas mal.
JORGE: Un trabajo de esclavo, que odio.
SARA: Pero vas a independizarte.
JORGE [la mira con extrañeza:] ¿Y tú lo dices? ¿Me lo dices aho-

rita, después de que has sido la primera en gritarme que estoy loco? . . . No seas hipócrita, Sara, por favor.

SARA: Puedo cambiar de opinión. Si de veras lo tomas en serio yo estoy dispuesta ayudarte y a sacrificarme todo lo que sea necesario.

JORGE: Hablas de sacrificarte porque eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? Te asusta no tener las comodidades que ahora tienes . . . Para tus ambiciones no son muchas, pero . . .

SARA: Me importa mi matrimonio más que todas las comodidades.

JORGE *emite una sonrisa.*

SARA: De veras, Jorge . . . Si estamos juntos, todo lo demás sale sobrando.

JORGE [*suavemente irónico:*] Qué bonito. Cuando hablas así, pareces la mera verdad.

SARA: Hemos cometido muchos errores. Yo he cometido muchos errores pero estoy segura de que todavía es tiempo.

JORGE: Muchos errores, sí, muchísimos.

SARA: Tú no lo crees.

JORGE: ¿No creo qué? ¿Que hayamos cometido muchos errores?

SARA: Que podemos empezar de nuevo.

JORGE: No, no lo creo.

SARA: ¿Por qué?

JORGE: Porque no . . . Porque no hay nada ya entre nosotros. [*Transición.*] ¡No fastidies, Sara!

SARA: Podríamos tener un hijo.

JORGE: Estás loca.

SARA: No es ninguna locura tener un hijo. Hace un rato precisamente, Mari me preguntó si la recámara iba a ser para un bebé . . . Soy muy cursi, como tú dices, pero cuando me habló de eso sentí una emoción muy rara de pensar que sí, que podía ser cierto . . . Nunca hemos vuelto a discutir del asunto. En realidad nunca hemos hablado a fondo, como debe ser. Lo decidimos una vez, y hemos ido dejando pasar y pasar el tiempo sin volver a preguntarnos si de veras no queremos tener un hijo.

JORGE: Nunca.

SARA: ¿Por qué, Jorge?

JORGE: Así, ahora, ¡Dios me libre!

SARA: Pero si las cosas fueran de otro modo, si tú y yo nos lleváramos en otra forma . . . ¿querrías?, ¿pensarías al menos en la posibilidad?

JORGE: Para qué te haces tonta tú misma. Sabes perfectamente lo que pienso. Lo discutimos mucho. Hablamos con toda claridad.

SARA: Solamente al principio.

JORGE: Y estuviste de acuerdo.

SARA: Pero eso fue al principio de nuestro matrimonio, Jorge.

JORGE: Te casaste conmigo sabiendo que no quería tener familia. No te des ahora por engañada después de cinco años.

SARA: Es que ése no es el punto, mi vida . . . Claro, yo sabía perfectamente lo que tú pensabas y estaba de acuerdo. Me parecía lo mejor esperar dos años, tres.

JORGE: Nunca puse plazos. Creo haber sido lo suficientemente claro sobre la cuestión de los niños. No sólo al principio de nuestro matrimonio, sino todo el tiempo.

SARA: Cualquiera puede cambiar de opinión.

JORGE: Yo no.

SARA: Pues yo sí, Jorge. Sobre todo después de ver lo que ha sido nuestra vida. Si hubiéramos tenido un hijo, ahora nos serviría de unión.

JORGE: ¡O de estorbo!

Un CARGADOR, que lleva dos cajas, ha tropezado y golpeado una de ellas. Tal vez se le cae. JORGE reacciona y va rápidamente hacia él.

JORGE: ¡Cuidado! ¡Fíjese! [*A SARA:*] Las cajas. A ver si no se quebraron tus porquerías.

SARA [*acudiendo:*] Ay, se los dije.

CARGADOR: Nada. Un trancacito.

SARA: Se los he estado recomendando todo el tiempo. No he hecho más que pedirles que tengan cuidado con las cajas de la vajilla . . . ¿Qué no ve la cinta roja? ¡Mire!

CARGADOR: No se quebró nada.

SARA: A ver, tráigalas para acá. Póngalas aquí para que las revise.

El CARGADOR lleva las cajas hacia el lugar indicado por SARA; tal vez la mesa del comedor.

SARA: Y llame al señor, porque si también me rompieron esto me las van a tener que pagar. Esto sí que no se los aguanto.

Mientras SARA empieza a abrir una caja, auxiliada por JORGE, entra el CARGADOR-JEFE, quien alcanza las últimas palabras.

CARGADOR-JEFE: ¿Pasó algo?

CARGADOR: Nada.

SARA: Me tiró las cajas donde viene la cristalería. Las que tanto les estuve recomendando. ¿No le digo?, ustedes no hacen caso.

CARGADOR-JEFE: Ésas traélas de una en una, hombre. Te lo dije.

CARGADOR: No pasó nada.

SARA empieza a desempacar copas, que aparecen envueltas en papel periódico.

JORGE: Qué se rompió.

SARA: A ver. Voy a ver.

JORGE [*después de observar. Al CARGADOR-JEFE:*] Parece que no. Por suerte.

CARGADOR-JEFE: Bueno. [*En transición. A los CARGADORES:*] Apúrense muchachos. Órale. Hay que acabar.

El CARGADOR-JEFE sale. La acción de los CARGADORES se acelera. Es notable ya la desordenada acumulación de muebles, objetos y cajas. SARA se ocupa en desempacar las copas. JORGE se halla próximo a ella después de un lapso de silencio y de acción de mudanza.

SARA: ¿Te acuerdas de estas copas? Fueron las que me regaló mi mamá.

JORGE [*observando a su alrededor:*] Pero qué amontonamiento, qué bruto.

SARA [*en lo suyo:*] Pobrecita. Ella tenía muchas ilusiones puestas en nuestro matrimonio. Te quería bien.

JORGE: ¿Tu madre? ¡Qué va! La mataba que te fueras a casar con un divorciado.

SARA: Antes de que te conociera. Después ya ves qué bien se portó contigo.

JORGE: Porque no le quedaba otra.

SARA: No es cierto. Ella fue la única que de veras nos ayudó...

Y a mí, desde que era niña. Cómo me insistió para que estudiara una carrera. Si le hubiera hecho caso ahora tendría otros alicientes en la vida... Es muy distinto cuando una mujer, no sé, cuando una mujer puede bastarse por sí misma y tiene intereses más sólidos que la hacen sentirse más segura. Como Rosario. O como Mari... Ya ves Mari qué feliz es con su profesión. Puede hacer lo que quiera por ella misma: tener un departamento, comprarse ropa, viajar; no necesita de na-

die. Y vive así, tú la ves, siempre optimista... Es muy inteligente, claro, y sabe hablar hasta de política. El otro día nos dio una cátedra, la hubieras oído, que yo me quedé con el ojo cuadrado.

JORGE: Habla más de lo que sabe.

SARA: No, no, está enteradísima. Anduvo metida en ese partido nuevo que están formando, y nos regañaba a mí y a Rosario... sobre todo a mí, que soy una papa, por lo poco que nos interesamos en lo que pasa a nuestro alrededor.

JORGE: Pura demagogia.

SARA: Pues ya quisieras tú su demagogia... De veras, Jorge, ¿no te parece a veces que vivimos en un mundo muy chiquito?

JORGE: Y ni siquiera podemos con él.

SARA: Es cierto, ni siquiera eso.

Entran los CARGADORES con el colchón y el box-spring de la cama matrimonial.

JORGE: Úpale, todavía faltaba el maldito colchón. A ver dónde cabe. [*Para sí mismo:*] Qué chinga. [*A los CARGADORES, indecisos:*] No, pues póngalo donde sea. Donde menos estorbe... Ahí. Sí.

Vigiladas por JORGE, se realizan algunas acciones de los CARGADORES. SARA continúa desempacando las copas. El CARGADOR-JEFE se acerca momentáneamente a ella.

CARGADOR-JEFE: ¿No se rompió nada?

SARA: Hasta ahorita no... Pero no crea que se me olvida el rayón del mueble.

CARGADOR-JEFE: Le digo que la compañía responde, seño.

SARA: Eso es lo que vamos a ver.

El CARGADOR-JEFE regresa a la acción de la mudanza. JORGE ha salido de la casa y vuelve llevando algunos objetos delicados: tal vez una lámpara, o cuadros.

JORGE: Ya saqué todo lo que había en la cajuela.

SARA: No debías cargar nada, estás lastimado.

JORGE: Como si te importara mucho.

SARA: ¿Crees que no me importa?

JORGE: De dientes para afuera, nada más.

SARA: Cómo eres, Jorge.

JORGE acomoda en algún sitio lo que ha traído. Va hacia SARA, ocupada en desempacar la cristalería.

JORGE: Y para qué desempacas eso. Déjalo donde está. [Pausa. SARA no parece prestarle atención.] En este desorden, es más peligroso si la sacas... Bueno, pero no me vengas luego con tus quejumbres cuando se te rompa una copa... Eres necia, Sara.

SARA: Por algo tengo que empezar a acomodar.

JORGE: ¿Ahora mismo?

SARA: ¿Cuándo?

JORGE: Empieza entonces por la ropa.

SARA: Está casi toda en el baúl... Tú no te apures, olvídate. Yo me comprometí a arreglar todo y puedo hacerlo sola.

JORGE: Uy qué mártir.

SARA: Mari me va a ayudar.

JORGE: Sí, sobre todo Mari, ya la estoy viendo.

SARA: ¿Qué tienes contra Mari? Ella siempre ha sido muy buena conmigo y se ofreció sin que yo se lo pidiera. No cualquiera lo hace. Ni Rosario, ni Carmela, ni mucho menos Alicia serían capaces de sacrificar un domingo por venir a ayudarme en un trabajo tan latoso... A ti te cae mal, ¿verdad?

JORGE: ¿Mari?

SARA: Sí, te choca. Todas las personas que a mí me caen bien, a ti te chocan. Es tu manía de llevarme siempre la contraria hasta en mis sentimientos.

JORGE: Me conoces muy poco.

SARA: ¿O no es cierto?

JORGE: No me conoces.

SARA: Puede... [Reflexiona:] Sí, eso puede ser: te conozco muy poco. A veces pienso que a pesar de los años que llevamos juntos sigues siendo un extraño para mí. No sé cómo piensas. No sé a cada rato cómo vas a reaccionar. No sé si estás contento o enojado... Siempre me ha costado mucho trabajo darte gusto [en tono confidencial:] hasta en la cama.

JORGE: Pues ahí has fracasado.

SARA: Tú también, Jorge.

JORGE: Sí, lo sé... Desde hace tres años lo sé. ¿Te acuerdas? ésa fue tu disculpa.

SARA se levanta, muy molesta. Va hacia donde se encuentran accionando los CARGADORES.

CARGADOR-JEFE: Ahora sí ya mero acabamos, seño. Nomás faltan unas cajas.

JORGE abre una cerveza de lata y bebe de ella. Se aproxima a SARA, cuando ésta se encuentra distante ya de los CARGADORES y ocupada en algún otro arreglo.

JORGE: Qué digna se pone doña Sara. No puede aguantar que le recuerden sus pecados. ¡Cómo! Eso lastima su orgullo y su reputación.

SARA: Eres un tramposo.

JORGE: Tramposo por qué.

SARA: No te hagas... Te es muy cómodo escudarte en el pasado, en el pasado ajeno, para justificar conducta asquerosa. Tú has sido infiel no una, sino cien veces, a diario... Eres un hipócrita, Jorge, un cabrón de lo peor.

JORGE: Bonito lenguaje. Podías dar clases de idiomas a los cargadores.

SARA: Tú cállate. No tienes ningún derecho a decirme nada.

JORGE: No, pero en todo caso, tú tampoco.

SARA: Entonces no me vengas con reclamos.

JORGE: Eras tú la que quería saber hace un rato por qué se había echado todo a perder.

SARA: Y según tú, es por eso.

JORGE: Es una razón.

SARA: Y me echas a mí la culpa, toda la culpa, de que hayamos fracasado.

JORGE: No he dicho toda la culpa.

SARA: Pero la mayor culpa.

JORGE: Son puntos de vista personales... Tal vez sea muy parcial de mi parte, pero bueno, es el punto de vista de un marido tradicional que no tolera ciertas cosas.

SARA: Un marido tradicional, no: un marido rencoroso, egoísta y desgraciado.

JORGE: Igual que tú, mi vida. Con distinto sexo, pero igual que tú.

SARA: Mentiras. Yo nunca he sido rencorosa... Me he aguantado tus porquerías, las he hecho a un lado porque no soy tan ruin, ni me considero tan poca cosa, que piense que tus aventuras sexuales con mujerzuelas y pirujas me van a quitar mi sitio.

JORGE: ¿Cuál sitio?

SARA: Mi sitio de mujer tuya, aunque te pese. De verdadera y única esposa.

JORGE: Ni siquiera te importa que me acueste con Laura.

SARA [se sorprende. Pregunta con suavidad:] ¿Con Laura?

JORGE: ¿Qué tiene?

SARA: ¿Has vuelto con Laura? ¿Te has acostado con Laura después de que nos casamos?

JORGE: Tú qué crees.

SARA: Dime la verdad, Jorge. Por lo que más quieras, dime la verdad.

JORGE: A qué viene ahora tanto apuro. Ni que los dos fuéramos un modelo de fidelidad.

SARA [*instándolo:*] Jorge...

JORGE: ¿Te importaría mucho que lo hubiera hecho?

SARA: Sí, mucho.

JORGE: ¿De veras?

SARA *asiente con un gesto de humildad.*

JORGE: A veces no te entiendo de plano; practicas unos celos de lo más chistoso del mundo... Para casi todo presumes de liberal, y para algo que ni siquiera tiene importancia...

SARA: Para mí la tiene.

JORGE: ¿Laura la tiene?

SARA: Más de lo que te imaginas.

JORGE: Qué raro. [*Larga pausa. Melancólico:*] No, no ha habido nada. La he visto varias veces, sí, tú lo sabes; hemos cenado juntos, pero nada más.

SARA: ¿Me lo juras?

JORGE: ¿Pero por qué tantos celos, caray? Todavía no acabo de entender qué más puede importar Laura que cualquier otra.

SARA: Fue tu mujer.

JORGE: ¿Y eso qué tiene?

SARA: ¿Me juras que no te has acostado con ella, Jorge?

JORGE [*suspirando:*] Qué más diera yo.

SARA: Te pesa.

JORGE [*después de pausa:*] Laura sí que ha podido... rehacer su vida, como dicen. Es otra persona, muy diferente de la que fue conmigo. Ahora es feliz. Al menos parece feliz. Se ve tranquila, contenta... Tiene dos hijos, un buen trabajo en la embajada, se lleva bien con su marido. Todo... Tiene todo.

SARA: Y eso te duele mucho.

JORGE [*sincero:*] Muchísimo... Me da una gran envidia y unos celos peores que los tuyos.

SARA: Entiendo.

JORGE: ¡Qué vas a entender! Eres incapaz de saber lo que yo pueda sentir o dejar de sentir... Tu mundo es tan chiquito, tan miserable, que te falta imaginación hasta para enamorarte de un fantasma. Ni siquiera pudiste gozar con ese imbécil que

te mareó con sus cuentos... Y si te escandaliza tu propio desliz, y si te avergüenza y te horroriza, no es porque te dueña haberme engañado sino porque te hizo saber que eras una mujer débil, como cualquiera. Por eso lo odias ahora... Pero lo que deberías odiar y por lo que deberías avergonzarte y llorar de veras, Sara, es por tu incapacidad de entregarte a un hombre.

SARA: Te quiero a ti, Jorge.

JORGE: ¡Mentiras!

SARA [*lo sujeta, trata de abrazarlo:*] Solamente te quiero a ti.

JORGE [*tratando de librarse de Sara:*] Tú no quieres a nadie.

SARA *insiste en su abrazo y JORGE reacciona con violencia. Exaltado, la sacude y la golpea en repetidas ocasiones mientras grita.*

JORGE: ¡Déjame!... Vieja infeliz, puta desgraciada. ¡Déjame! ¡Déjame!

Empellada y maltratada por JORGE, SARA cae. Los CARGADORES han estado observando, a distancia, con cierto asombro y curiosidad, los últimos instantes de la escena. Cuando JORGE recobra un poco la serenidad y SARA comienza a incorporarse, el CARGADOR-JEFE avanza hacia ellos.

CARGADOR-JEFE: Ya está todo listo, patrón.

JORGE: Sí... sí.

CARGADOR-JEFE [*después de pausa:*] Siento mucho... lo del cerrajero.

JORGE: ¿Qué?

CARGADOR-JEFE: El cerrajero. Ya no llegó, parece.

JORGE: Parece que no.

CARGADOR-JEFE: No se le olvide hablar mañana temprano a la oficina para que le manden unos hombres. Ellos le acomodan todo así. [*Truena los dedos. Pausa. A la distancia, a SARA:*] Del mueble no se aflija, seño, va a ver que la compañía responde.

El CARGADOR-JEFE le ha tendido a JORGE una nota del servicio. Éste la observa, mientras SARA permanece ajena, distante.

JORGE: Es carísimo lo que cobran ustedes.

CARGADOR-JEFE: Ése fue el presupuesto que le hicieron, ¿no? Así se arregló con el señor López.

JORGE: Es carísimo.

JORGE *extrae de un bolsillo un fajo de billetes prensados por un pasador. Separa algunos y se los tiende al CARGADOR-JEFE. El CARGADOR-JEFE los cuenta y se los guarda.*

CARGADOR-JEFE: ¿No hay una propina para los muchachos?

JORGE: El servicio no fue muy bueno que digamos.

CARGADOR-JEFE: ¿Por qué?

JORGE: No fue bueno.

CARGADOR-JEFE: Fue rápido. De lo otro ya no tuvimos nosotros la culpa.

JORGE: Ustedes nunca tienen la culpa de nada.

CARGADOR-JEFE: Los accidentes son los accidentes. [Transición.] Ahí lo que sea su voluntad, patrón, para las aguas.

JORGE *extrae dos billetes más de su fajo y se los entrega. El CARGADOR-JEFE los examina, dudando.*

CARGADOR-JEFE: Somos cinco gentes, no hay que ser.

JORGE: Con eso es más que suficiente.

CARGADOR-JEFE: Aunque sea un tostón más, ¿no?

JORGE *vacila, pero al fin tiende otro billete al CARGADOR-JEFE.*

CARGADOR-JEFE: Gracias, patrón. Muchas gracias... Bueno, pues hasta luego. Que les vaya bien.

CARGADORES [mientras se retiran, entre expresiones ad-libitum:] Compermiso. Gracias. Adiós. Adiós, seño.

Salen el CARGADOR-JEFE y los CARGADORES, cerrando tras ellos la puerta de entrada. JORGE y SARA permanecen un lapso en silencio. SARA parece recuperada. JORGE revisa, contando, el resto de billetes que quedan en su fajo. Lo guarda.

SARA: ¿Les pagaste?

JORGE: Sí, por qué.

SARA: Yo que tú no les hubiera pagado hasta que vinieran a pagar el mueble.

JORGE: Es igual.

SARA: ¿Y les diste propina? [Tras el asentimiento de JORGE.] ¿Cuánto?

JORGE: Ciento cincuenta.

SARA: ¿Ciento cincuenta pesos?... ¿Pero por qué? Es muchísimo.

JORGE: Eran cinco gentes.

SARA: Es muchísimo de todos modos. No se merecían ni cincuenta... Con cincuenta hubiera estado bien.

JORGE: Da lo mismo.

SARA: Qué bárbaro eres. Todavía que nos fastidiaron todo... Qué bárbaro. Yo no les hubiera dado ni un quinto.

JORGE *camina por entre los muebles y va hasta la puerta que conduce a las recámaras. Forcejea en la chapa, como si intentara abrirla, pero la puerta permanece cerrada y él desiste.*

SARA: Nada más faltaría que ahorita llegara Mari con el cerrajero.

JORGE *recorre el lugar, invadido de muebles y objetos y cajas en desorden. Hasta este momento parece captar la situación.*

JORGE: Quién iba a decir que tuviéramos tantos muebles y tantas chivas.

SARA: Y eso que tiré muchísimo.

JORGE: Parece que nos sacaron a patadas de alguna parte... Y todavía lo que nos falta pintar y arreglar la casa.

SARA: Ya acomodado va a haber espacio suficiente. Sobre todo vamos a estar mucho más holgados que en el departamento.

JORGE: Es oscurísima, eh; ya viéndolo bien. Y muy vieja. Viejísimas.

SARA: Cuando la arreglemos se va a ver bonita... A Mari le encantó.

JORGE: Está horrible.

SARA [después de pausa, aprestándose a la tarea:] Manos a la obra. Hay que empezar a despejar el campo.

SARA comienza a arreglar y a cambiar de sitio los objetos que están más a la mano. Durante unos instantes, JORGE la observa con concentrada atención, sin moverse.

JORGE: Sara...

SARA *no parece escuchar. Continúa accionando.*

JORGE: Sara...

SARA *se detiene y suspende su quehacer. Mira a JORGE.*

JORGE: Siento mucho haberme puesto así. Perdóname... ¿Te lastimé?

SARA: Tú eres el que está lastimado... ¿Cómo sigues de tu pierna?

JORGE: Estoy bien.

SARA: ¿De veras no quieres el iodex?

JORGE: No.

SARA *reanuda sus quehaceres, con cierta febrilidad.*

JORGE: Deja eso. No arregles nada ahora.

SARA: Hay muchas cosas que se pueden ir acomodando, si no después nos va a dar más flojera.

JORGE: Déjalo te digo. Por favor.

SARA *vuelve a detenerse ante el tono enfático de JORGE. Éste se aproxima a ella, sereno.*

JORGE: Necesitamos hablar.

SARA: Ya no. Ya lo dijimos todo... y en el peor momento, delante de esa gente. Imagínate todo lo que habrán pensado.

JORGE: ¿Te importa mucho lo que hayan pensado?

SARA: No, a mí no. ¿Y a ti?

JORGE: No.

SARA: Me importa lo que tú pienses de mí. Lo que me dijiste hace un rato.

JORGE: Perdóname. Ése no era el modo. Me exalté.

SARA: Yo también me exalté y dije muchas cosas que no quería decir.

JORGE: Por eso es mejor que hablemos ahora, tranquilamente.

SARA: ¿Para qué?

JORGE: Para poner las cosas en su lugar. [*Pausa. Va hacia ella.*]

Ven acá, Sara, siéntate... ¡Por favor siéntate! Escúchame.

SARA: Ahorita no. Ya cuando hayamos terminado con la mudanza nos ponemos a hablar si tú quieres. Ahorita no.

JORGE: Precisamente lo que no quiero es dejar pasar las cosas...

Siempre es lo mismo: nos peleamos, nos gritamos verdad y media y luego nos pedimos perdón: todo queda olvidado, borrón y cuenta nueva... Nunca llegamos a lo fundamental.

SARA: Qué es lo fundamental.

JORGE: De eso quiero que hablemos ahora, lo más calmado que se pueda.

SARA: Para volver de nuevo a los mutuos reproches.

JORGE: No...

SARA: Al tú me dijiste y yo te dije; al tú me hiciste aquello y yo te hice esto.

JORGE: No, Sara, no. Los pleitecitos no importan. Las traiciones y las infidelidades son lo de menos.

SARA: ¿Te parecen ahora lo de menos? Me pareció que las considerabas como lo más importante.

JORGE: Lo único importante es saber si esto funciona o no funciona.

SARA: ¿"Esto"? ¿Qué es "esto"?

JORGE: Nuestro matrimonio. Sean cuáles sean las causas por las que se haya ido al traste y quién tuvo la culpa de ellas, lo que necesitamos decirnos de una vez por todas, con toda la sinceridad del mundo, es si tiene algún sentido continuar.

SARA: Continuar casados tú y yo... ¿Eso es lo que quieres saber?

JORGE: Pero dicho con toda honradez, sin trampas ni sentimentalismos.

SARA: Por lo que a mí toca puedo decir con toda honradez, sin trampas ni sentimentalismos, que a pesar de todo yo pienso que sí. [*Pausa.*] Tal cual, Jorge... Porque te quiero, simple y sencillamente porque te sigo queriendo.

JORGE: Simple y sencillamente...

SARA: ¿Te parece inverosímil?

JORGE: Me parece que no quieres ir al fondo del problema.

SARA: Ése es el fondo.

JORGE: No, no es tan simple.

SARA: Tal vez yo soy muy simple. Tal vez me falta inteligencia para ver las cosas de otro modo, con todos sus enredijos. Como tú. [*Transición.*] O a ver, tú. Dime lo que piensas tú. Dímelo tal cual, a tu manera.

JORGE [*larga pausa:*] Ya no te quiero, Sara... Ésa es mi única verdad, dicha también simple y sencillamente como tú: no te quiero.

SARA [*después de un silencio:*] ¿Estás seguro?

JORGE: Completamente seguro.

SARA [*dominándose:*] ¿Y cómo lo sabes?... Bueno... quiero decir: ¿desde cuándo lo sabes?

JORGE: No sé... Tal vez lo descubrí ahora, en este mismo momento.

SARA: Hoy... ¿Durante la mudanza? ¿Cuando nos estábamos peleando?

JORGE: No, ahora, ¡ahora!... Ahora que pronuncio las palabras, cuando por fin me atrevo a pensarlo y a decirlo. [*Pausa.*] No te quiero, ni quiero seguir viviendo contigo... Es así. Sin más. Tan claro como el agua.

SARA va hacia otro sitio, sorteando los muebles y objetos en desorden. Se ha producido un largo silencio.

JORGE: No vayas a llorar.

SARA: ¡Déjame hacer lo que se me antoje!

JORGE: Sara, por favor.

SARA: ¡Cállate!

De espaldas a JORGE, SARA domina a duras penas el llanto.

JORGE: Voy a salir. Necesito tomar aire, caminar... Por esto no te apures, volveré en un rato y te ayudaré a arreglar todo. Me encargaré de las llaves, y de los muebles, y de que la casa quede completamente lista.

SARA: Si te vas a ir, vete ya de una vez. Pero no vuelvas nunca. [Gritando:] ¡Nunca!

JORGE llega hasta la puerta de entrada, pero en el momento de hacer el intento de abrirla ésta parece atrancarse. La chapa no cede. JORGE empieza a forcejear, cada vez con mayor impaciencia. SARA lo advierte y mira hacia JORGE con cierto asombro por el hecho.

JORGE [en forma casi ininteligible:] Se cerró. No quiere abrir. [Continúa forcejeando.] Carajo, pero cómo se puede atorar esta mugre... Estos desgraciados cargadores. [Busca algo dentro de sus bolsillos.] ¿No te di la llave?... ¿No viste dónde la puse? [Va hasta la mesa. Allí encuentra la llave. Regresa a la puerta. Acciona la llave y forcejea, pero la puerta continúa hermética.] Está atrancada por fuera. ¡No puede ser!... Pinche casa, pero qué malditas puertas.

Mientras JORGE continúa forcejeando se escucha, dentro del baúl, un sordo y largo lamento. SARA se sobresalta... Luego de un silencio, el lamento se repite. JORGE no lo ha oído, evidentemente, pero sí SARA quien, más sobresaltada, camina hasta donde se encuentra JORGE, ocupado en la puerta y maldiciendo con expresiones ininteligibles.

SARA: Jorge... ¿Oíste, Jorge?

JORGE [por la puerta:] Ahora nos vamos a quedar encerrados aquí, ¡con un demonio!

Vuelve a escucharse el lamento dentro del baúl.

SARA: Oye eso.

JORGE: ¿Qué?

SARA: Parece que sale del baúl una especie de... Oye, oye...

JORGE: De qué estás hablando. [Transición.] ¡Esta maldita puerta!

La tapa del baúl se ha abierto cuando SARA está mirando hacia él. SARA emite un fuerte y larguísimo chillido, y la tapa vuelve a cerrarse.

JORGE [alterado por el grito de SARA:] ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa, mujer!

SARA [aterrada, ahogándose:] Ahí, Jorge.

JORGE: Qué gritos. Pareces loca.

SARA: Hay alguien ahí.

SARA casi no puede hablar, atenazada por el miedo. Señala con la mano hacia el baúl.

JORGE [extrañado por la actitud de SARA:] Sara...

SARA: Hay un hombre... hay un hombre.

JORGE: ¿Qué?

SARA: Un hombre. Lo acabo de ver.

JORGE: Dónde. Son imaginaciones tuyas. Imposible.

SARA [prendiéndose a él y señalando hacia el baúl:] Jorge...

JORGE: Nadie pudo meterse. A qué horas. Trajimos...

JORGE se interrumpe cuando vuelve el lamento que ahora él escucha con claridad.

SARA: ¿Lo oíste?

JORGE [asustado:] Es un animal... ¿Pero cómo...?

SARA: No, es un hombre. Se asomó. Yo lo vi.

JORGE: No puede ser.

SARA: ¿Qué hacemos?

JORGE: Sólo que algún cargador... No. No tiene sentido.

Se oye el lamento.

SARA: Oye, oye, qué horrible. [Lloriquea.] Ay Jorge, Jorge, Jorge.

La tapa del baúl se abre impulsada de un solo envión, desde dentro. SARA vuelve a gritar. Del baúl asoma, irguiéndose un

hombre. Se queja lastimeramente y su aspecto es impresionante: Viste con ropas andrajosas. Todo él es una pústula. JORGE tarda en hablar. También está presa del pánico. Sus expresiones son automáticas, casi irracionales y pronunciadas a medio tono.

JORGE: Qué hace aquí. Cómo entró. Qué está haciendo aquí.
Qué hace aquí.

El MISERABLE-PARLANTE sale trabajosamente del baúl. Continúa lamentándose con vocalizaciones incoherentes, entre las que sólo se alcanza a entender la palabra "agua".

MISERABLE-PARLANTE: A gu a Ag u a Aaa gu aaa

El MISERABLE-PARLANTE se aproxima lentamente a JORGE y SARA en actitud suplicante y emitiendo sus mismas lamentaciones. La pareja lo rehuye, retrocediendo.

SARA: Sácalo de aquí, Jorge, sácalo de aquí.
JORGE [tratando de sobreponerse a su miedo:] Qué quiere. Cómo entró. Váyase inmediatamente. Qué quiere.

Al acercarse a ellos de nuevo, el MISERABLE-PARLANTE tropieza y cae. Queda tendido durante un instante en el suelo. Desde allí prosigue sus lamentaciones y suplica con el gesto.

JORGE: Se debe haber metido en la calle, cuando estaban los cargadores. [A SARA:] Cálmate, no va a pasar nada.

SARA: Es horrible. Haz algo.

JORGE: Parece como si saliera de...

MISERABLE-PARLANTE [con más claridad:] Ag u a A gua

JORGE se aproxima a la puerta de entrada y confirma que continúa cerrada.

JORGE: Maldita puerta.

SARA: ¿Qué nos va a hacer?

JORGE: Nada, no te asustes.

SARA: Mira cómo nos está viendo.

JORGE: Algo le pasó. Es un loco.

MISERABLE-PARLANTE: Ag u a A g ua Agu a

El MISERABLE-PARLANTE se yergue de nuevo. Ha dejado de lamentarse. Sólo jadea. Mira hacia varios puntos del desordenado lugar y camina con dificultad, tropezando, hasta donde se encuentran las latas de cerveza. El MISERABLE-PARLANTE toma la que había abierto JORGE y apura su contenido con cierta desesperación mientras JORGE y SARA hablan en voz baja.

JORGE: No entiendo cómo se escondió. Tú revisaste el baúl.

SARA: Metí la ropa en la mañana. Todavía cuando llegaron los cargadores. [Transición. Va hacia la ventana:] Hay que pedir ayuda.

JORGE [la detiene:] Cállate.

El MISERABLE-PARLANTE termina la cerveza y arroja la lata hacia donde se encuentran JORGE y SARA en el momento en que ella se ha aproximado a la ventana. La lata está a punto de golpearla. El MISERABLE-PARLANTE toma otra lata. Bebe de ella.

SARA: Hay que pedir ayuda, Jorge.

JORGE: No.

SARA: ¿Qué vas a hacer entonces?

JORGE: No sé.

El MISERABLE-PARLANTE termina el contenido de la otra lata, que arroja de igual modo hacia SARA y JORGE. Calmada la sed parece recobrase. Ahora se endereza y acciona con más soltura. Emite una especie de risotada y mira fijamente a JORGE y SARA, cuyo temor aumenta. La mirada del MISERABLE-PARLANTE se mantiene fija en ellos, entre gruñidos y breves risitas. Examina luego el interior de la bolsa del lunch. Saca un sándwich. Come vorazmente. JORGE y SARA hablan quedamente.

JORGE: Estaba hambriento.

SARA: Cómo tiene la cara.

JORGE: Parecen quemaduras.

El MISERABLE-PARLANTE parece escuchar el breve diálogo. Deja de comer. Los mira, con gravedad.

MISERABLE-PARLANTE [quedamente:] Quemaduras. Quemaduras.

[Pausa. Ríe sordamente. Empieza a hablar con dificultad, como quien se encarrera, para luego irrumpir con su discurso, que pronuncia casi sin tomar aliento, aunque alterando en distintos tonos graves su voz:] El pobre... El pobre estaba...

El pobre estaba con los ojos. El pobre estaba con los ojos abiertos pegados a la lumbre mirando las llamotas y mirándonos a nosotros y mirando las llamotas nomás así con ganas de gritar pero aguantándose las ganas porque a los primeros que se echaron a gritar se los llevó de plano el diablo y a la hora del borlote nadie agarró derecho para donde estaba seguro su pellejo sino que mejor se vinieron en bola al horno donde estaba la gente allí parada como idiota con la lengua de fuera mire y mire sabiendo que no era la primera vez: con ésta ya iban dos y tres y más con todas las que tuvimos que pasar brinco a brinco por los tiraderos entre las piedras del fraccionamiento nuevo todos los días, todos los días todos los días, jodidos todos los días desde que la suerte volteada nos agarró parejo y nos llevó de tumbo en tumbo con las chivas para otra parte a donde no había ni qué comer ni en qué agujero cagar. Pero ahí estaban ahorita las lengüetotas de lumbre soplándoles el ventarrón para el cielo de noche en medio del corredero de infelices tarugos que nomás gritaban queriendo agarrar lo que no se achicharraba todavía cuando ya casi todo era carbón y tumbadero de tablas y cartones y ruidajal de láminas y ladrillos y perros aplastados con las tripas al aire reventadas. La gente de por acá viendo y viendo los cubetazos que de nada servían mientras otros a puro escándalo y a mentadas querían arreglar su coraje que bien sabían cómo fue que nos quisieron aventar del maldito pedazo de tierra porque les estorbábamos para el negocio de la gente de afuera y de los mismos cabrones de allí vendidos trafiqueros: les ensuciábamos su basura y les enlodábamos su pinche tiradero de porquerías y les ocupábamos sus terrenos que de nadie son porque nadie antes de nadie agarró lugar allí hasta que nosotros los llenamos de nosotros que es con lo único que podemos llenar ese cacho de pozo que nos tocó mirar antes de venir aquellos desgraciados. Y el tronadero. Y las lumbres amarillas. Y el humo. Y el chilladero de criaturas busque y busque para dónde llorar y a quién llorarle. Estaba con los ojos pegados a la lumbre el maldito mocoso. Yo lo vi jaloneándose su pedazo de cuerpo el infeliz pinche mocoso que no se daba cuenta el desgraciado de la humareda que ya se iba tragando a todos los que estaba tragándose la quemazón y él no se quitaba ni se metía para otro lado. Pinche niño baboso dónde vas, qué no sientes el aire cómo quema. Pero él quería con su madre y con sus putos amigos y el petate y el muñeco de plástico orinándose. Lo vimos cómo se ardió desde el mero principio donde estaba la vieja trampa

de alambre un lengüetazo de fuego ardiendo lo agarró por su cuenta y se lo pescó igualito que si fuera una bolsita de cartón inflándose en el aire y volando hasta los techos yo lo vi. ¡Carajo yo lo vi! rompiéndose y tronándose y volviéndose un pedazo de carbón así de este tamaño más jodido que todo lo jodido. ¡Carajo yo lo vi!

El MISERABLE-PARLANTE culmina su parlamento con quejidos y llantos. Los llantos se prolongan, pero su intensidad va disminuyendo paulatinamente.

SARA y JORGE *hablan en voz baja.*

SARA: ¿Qué dijo?

JORGE: De un incendio. No entendí.

SARA: Algo que se quemó.

JORGE: No sé.

SARA: Debe ser de los que viven en el tiradero. Hay que hacer algo, Jorge. Pedir ayuda. Gritar.

JORGE: Quién te oye.

SARA: Los vecinos.

JORGE: No, puede ser peor.

SARA: Tú también tienes miedo, ¿no es cierto? [*Pausa. En referencia a los lamentos de MISERABLE-PARLANTE:*] Oye qué horrible.

JORGE: Ya se está calmando.

Tendido en el suelo, el MISERABLE-PARLANTE jadea con menor intensidad hasta llegar al silencio. Se queda inmóvil. JORGE, atreviéndose, se acerca lentamente hacia él.

SARA [*Tratando de detenerlo:*] No, Jorge.

JORGE: Shhh.

JORGE *se aproxima unos pasos más. El MISERABLE-PARLANTE parece exánime.*

JORGE [*llamándolo, a distancia:*] Señor...

SARA: No, Jorge.

JORGE: Señor... [*Transición. A SARA:*] Parece que se quedó dormido.

SARA: ¿No estará muerto?

JORGE: No sé.

SARA: Ojalá estuviera muerto, Dios mío.

JORGE: Shh. [Se inclina para tocarlo.]

SARA: No lo tientes.

JORGE se aparta instintivamente cuando vuelven a oírse, muy quedos, los lamentos del MISERABLE-PARLANTE. Éste se incorpora un poco, sin llegar a levantarse del todo. Con expresión de azoro, SARA llama la atención de JORGE señalando hacia el baúl.

SARA: Mira.

Del baúl han empezado a salir, poco a poco, MISERABLES. Todos tienen un aspecto muy semejante al MISERABLE-PARLANTE: los rostros encarrujados y cenizos, y las ropas harapientas. Su apariencia es grotesca y parecen pertenecer a otra realidad: a un medio de monstruos. En total son diez o doce los MISERABLES: más de los que lógicamente podrían caber en el baúl. Pertenecen a diferente sexo y tienen diversas edades, aunque su aspecto los vuelve indefinidos. Sólo es clara la condición de uno de ellos, el último en salir del baúl: un anciano que lleva un pequeño violín y que, a diferencia de los demás, permanece siempre próximo al baúl.

Los MISERABLES salen lenta, pero imparablemente, uno tras otro. Caminan despacio. Quizá reptan como serpientes trepándose por los muebles y las cajas de la estancia pletórica. La invaden, la llenan mientras emiten largos y sordos lamentos.

El espectáculo se presenta como insoportable a los ojos de SARA y JORGE. Su misma inverosimilitud, su irrealidad, rebasa toda posibilidad de expresión de la pareja que automáticamente, en un gesto instintivo, se repliega contra un muro de la estancia. Resuellan sin lograr pronunciar palabra. SARA se muerde el puño para no gritar. Hablan al fin entre ellos, muy quedo, trabajosamente.

SARA: ¿Qué está pasando?

JORGE: No sé.

SARA: Dios mío, ayúdanos. Ayúdanos.

SARA parece rezar, entredientes, alguna vieja oración. JORGE hace un breve intento de abrir la puerta de entrada, próxima a él, pero ya ni siquiera se esfuerza ante el hermetismo de la cerradura.

A medida que los MISERABLES se extienden por entre los muebles, husmeantes, se va incorporando el MISERABLE-PARLANTE. Cuando uno de los MISERABLES se halla próximo a la bolsa del

lunch y parece estar a punto de apoderarse de ella, el MISERABLE-PARLANTE llega rápido hasta el sitio y se la arrebató. MISERABLES irrumpen entonces en un coro de lamentos alrededor que el MISERABLE-PARLANTE calla con un grito más profundo que el de un animal que de un ser humano. Impone silencio. Luego, ante los brazos que se tienden hacia él en actitud de súplica, empieza a arrojar hacia diferentes sitios trozos de sándwiches. Los miserables, cazan, buscan, se disputan. El espectáculo se prolonga durante largos instantes y produce diversión al MISERABLE-PARLANTE que se ríe de sus compañeros.

Cada uno de los MISERABLES parece encontrar al fin lo suficiente para calmar su hambre, y devora las pequeñas porciones conseguidas con meticolosa voracidad que recuerda a los animales de un zoológico.

Sin dejar de arrojar porciones de alimento o de fruta, a una frecuencia menor, el MISERABLE-PARLANTE profiere sus letanías y refranes. Al terminar cada uno de ellos, los MISERABLES corren a recoger el dicho con risitas de muy diversos tonos que hacen eco. Breve risa con que el MISERABLE-PARLANTE acompaña la emisión del refrán:

MISERABLE-PARLANTE: En la casa que no hay lumbre, luz son los que la habitan. [Risas.] El que mucho mal padece poco bien se consuela. [Risas.] Cuando el gato no está en los ratones se pasean. [Risas.] Al que le barren los pies casarse con viuda. [Risas.] Cuánto me gusta lo negro aunque me asuste el difunto. [Risas.] De golosos y tragones están los panteones. [Risas.] De la gallina más vieja resaca el caldo mejor. [Risas.] Donde hace miedo ni vergüenza. [Risas.] El burro y el majadero siempre se encuentran por el camino. [Risas.] El que entra en la inquisición suele salir chocado. [Risas.] El que por su gusto muere aunque lo entiendan parado. [Risas.] De que tocan a llover no hay más que sacar el paraguas. [Risas.] El trabajo no es entrar sino encontrar salida. [Risas.] Hay quien cree que ha madrugado y se duerme. [Risas.] Sólo el que carga el cajón sabe lo que es el muerto. [Risas.] Aunque la jaula sea de oro no da para ser prisión. [Risas.] Hay que aprender a perder antes de jugar. [Risas.] En tiempo de remolino se levanta la base.

Ante el último refrán, estalla incontenible la risa de los MISERABLES en lo que parece un ataque generalizado. El MISERABLE-PARLANTE trata de contener a sus compañeros con gruñidos y ademanes, pero éstos prosiguen. El MISERABLE-PARLANTE n

de proferir la última palabra repetida en tono ascendente en medio de las risotadas.

MISERABLE-PARLANTE: Basura basura basura basura basura basura basura basura basura basura ¡basura!

El MISERABLE-PARLANTE ha llegado al tono de grito, que logra callar en seco a los MISERABLES. Se produce entonces un largo silencio. El MISERABLE-PARLANTE mira hacia el MISERABLE-ANCIANO del violín, cuando dice:

MISERABLE-PARLANTE: Nada sabe su violín y todos los sonos toca.

El MISERABLE-ANCIANO del violín empieza a tocar una melodía triste. La música parece arrullar a los MISERABLES que ahora cocean quedamente con murmullos y lamentos. Durante esos instantes, SARA reacciona en lo que parece un ataque de histeria. JORGE la contiene para que no estalle en escándalo.

SARA: Sácalos de aquí, Jorge. Por lo que más quieras sácalos de aquí. Sácalos. Sácalos. Me voy a volver loca. Qué me está pasando, Dios mío, qué me está pasando.

JORGE: Cálmate.

SARA [*precipitándose hacia la ventana:*] ¡Socorro! ¡Socorro, ayúdenos! ¡Socorro!

Los gritos de SARA imponen silencio entre los MISERABLES. El MISERABLE-ANCIANO deja de tocar el violín. Todos miran hacia la pareja. Mirándola permanecen un largo rato.

SARA [*aterrada:*] ¿Qué nos van a hacer?

JORGE: Cierra los ojos. No va a durar. No puede durar mucho.

El MISERABLE-PARLANTE emite una risotada que rompe el silencio de los MISERABLES. El MISERABLE-ANCIANO inicia ahora una alegre música, de fiesta, que alborota a los MISERABLES. Éstos se ponen a bailar, a brincar y a causar destrozos con los muebles, cajas y objetos de la mudanza. Rompen copas, extraen ropas, sábanas, colchas, manteles que extienden por el lugar. Algunos rayonean los muebles con los cuchillos, otros arrancan patas a una silla. Etcétera. El desorden y la algarabía es total, ante el desconcierto y el terror que expresan, mudos, SARA y JORGE.

Durante el desorden y la destrucción que se lleva a cabo en la estancia, uno de los MISERABLES descubre uno de los alhajeros de SARA y extrae de él pendientes y collares que desbarata o se pone. Arroja al aire algunas otras joyas ante la risa del MISERABLE-PARLANTE que parece entretenido con todo lo que está ocurriendo. La mayor parte de los MISERABLES parece interesarse de pronto en la acción del MISERABLE que ha descubierto las alhajas y suspenden sus respectivas tareas. Uno de ellos se aproxima y trata de arrebatar uno de los collares al MISERABLE DE LAS ALHAJAS, pero éste lo elude. Se inicia entonces una persecución de uno contra el otro que es observada entre gruñidos y exclamaciones del resto de los MISERABLES. Se organiza pronto una pelea entre los dos MISERABLES que se disputan el collar. Al principio parece un simple juego, pero poco a poco ambos parecen ir enfureciéndose. El MISERABLE que persigue al MISERABLE DE LAS ALHAJAS toma un gran cuchillo de cocina extraído durante el desorden y con él amenaza a su rival. Ante la inminente pelea, se produce un silencio expectante. Los contendientes se amagan, miden sus distancias. El MISERABLE DEL CUCHILLO tira varias cuchilladas contra su enemigo que éste evita hábilmente. La pelea adquiere por momentos un tono de juego, que el MISERABLE-PARLANTE interrumpe repentinamente para señalar a los dos rivales la presencia de SARA y JORGE que han estado observando la acción con un gran temor. Todas las miradas de los MISERABLES se vuelven a dirigir a la pareja, mientras el MISERABLE DEL CUCHILLO, apuntándoles con él, se aproxima a pasos cortos. Parece concentrarse particularmente, amenazadoramente, en SARA.

SARA [*aterrada:*] No. No . . .

Con un gesto instintivo, JORGE extrae de su bolsillo el fajo de billetes y atropelladamente, de varios en varios, se pone a arrojarlos hacia el MISERABLE DEL CUCHILLO que avanza y hacia los demás.

JORGE [*mientras arroja los billetes:*] Tengan. Cojan todo. Tengan, tengan.

Los billetes que caen en un lado y otro no llaman la atención de los MISERABLES ni del MISERABLE DEL CUCHILLO. Éste sigue avanzando hacia SARA, al tiempo que JORGE se aparta de ella.

SARA: Defiéndeme, Jorge. ¡Socorro! ¡Socorro!

Los MISERABLES ríen y emiten gruñidos. El MISERABLE DEL CUCHILLO persigue a SARA, ante la pasividad y el temor reflejado en JORGE. Ella recorre la estancia huyendo por entre los muebles y logra librarse de dos cuchilladas que le lanza el MISERABLE DEL CUCHILLO. Otro MISERABLE interrumpe la acción de fuga de SARA, la acorrala, y facilita que el MISERABLE DEL CUCHILLO hunda su arma en el vientre de la mujer. Un gran borbotón de sangre se dispara del cuerpo de SARA, quien ni siquiera alcanza a gritar. Entre las risas de los MISERABLES, recibe varias cuchilladas más. JORGE grita.

JORGE: ¡No!

El MISERABLE DEL CUCHILLO apunta su arma ensangrentada hacia JORGE, entre el alboroto de todos los MISERABLES. También JORGE trata de huir entre los muebles y las cajas, pero ahora todos se lanzan a la cacería. Lo atrapan pronto. El MISERABLE DEL CUCHILLO lo hiere en varias ocasiones en el vientre, mientras los demás MISERABLES se ensañan contra él en lo que toma forma de un linchamiento.

Poco después de que JORGE cae muerto, los gritos que han acompañado la acción cesan de golpe. Se produce un gran silencio. Inmóviles, en diferentes sitios de la estancia, los MISERABLES empiezan a proferir lamentos cuya intensidad va subiendo poco a poco para luego decrecer y apagarse casi por completo.

Los MISERABLES se han tendido en el suelo o sobre algunos muebles de la estancia, convertida a estas alturas en un campo destruido, y replegándose sobre sí mismos, ovillándose, adquieren el aspecto de aislados bultos de basura.

Sólo el MISERABLE-PARLANTE continúa de pie, mientras que el MISERABLE-ANCIANO ha vuelto a tomar su violín y a tocar la triste melodía que interpretó por primera vez.

Lejos, de la calle, se escuchan breves ruidos y pasos. MARI está llegando: cruza el jardín.

MARI [por el jardín:] Sara . . .

MARI llega a la puerta de entrada, la impulsa, y ésta se abre con facilidad.

MARI: Oye, Sara, fíjate . . .

MARI se interrumpe de pronto, bruscamente, al topar con el espectáculo. Mira el desorden. Mira los cuerpos acuchillados, muer-

tos, de SARA y JORGE. Mira al MISERABLE-PARLANTE de pie, estático. Mira al MISERABLE-ANCIANO tocando el violín. MARI se lleva su mano empuñada a la boca conteniendo un grito.

OSCURO FINAL

Seminario de Dramá
Colección
Francisco (Paco) Prado

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Instituto Multidisciplinario José Emilio González
Instituto de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras